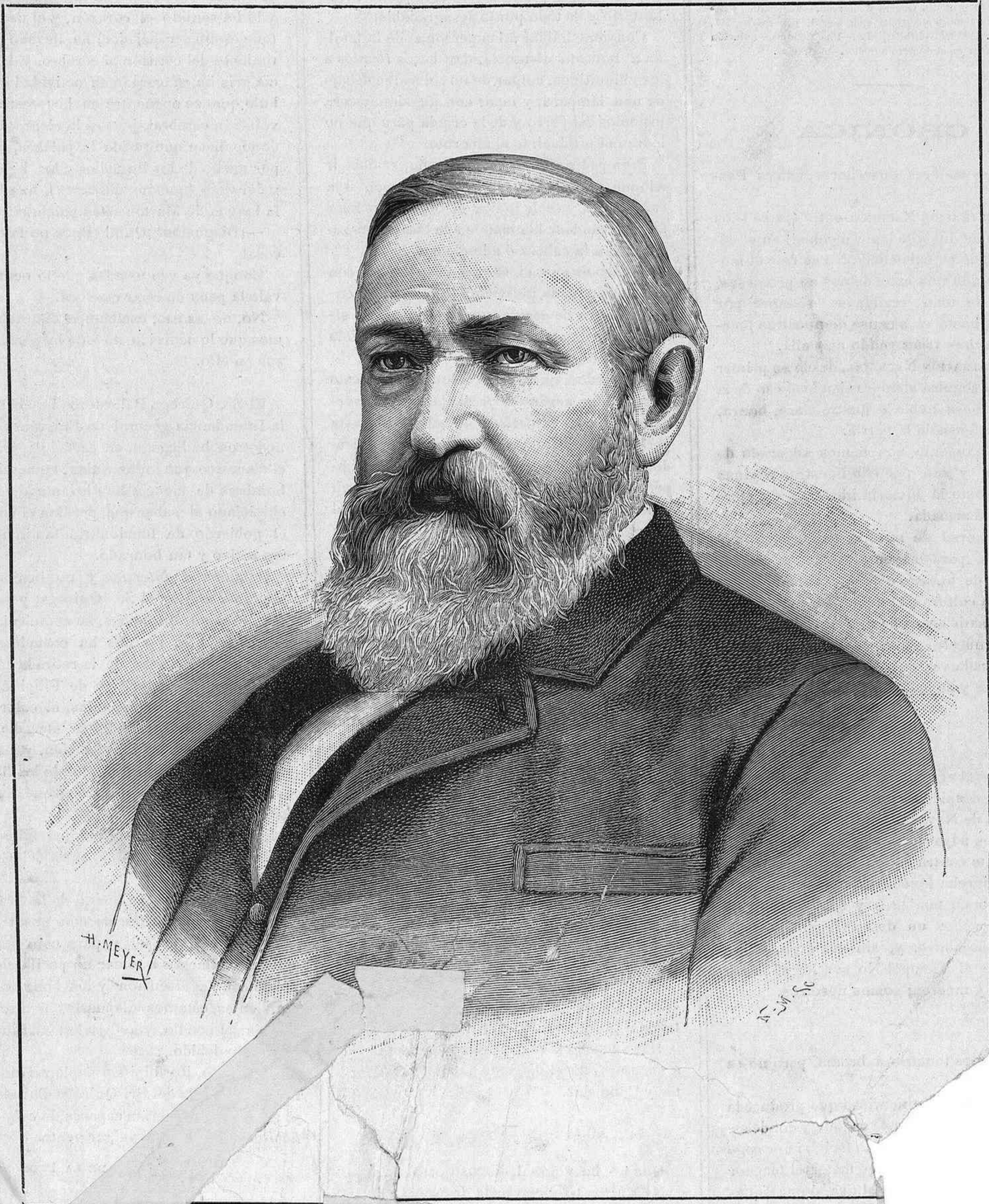


La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2 quintd.º

MADRID
30 de Diciembre de 1888.

Año IX.—Núm. 36.



MR. BENJAMÍN

ESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS

SUMARIO

GRABADOS: Mr. Benjamín Harrison, presidente de la república de los Estados Unidos.—Bellas Artes: los vándalos en Roma (cuadro de Robertse)—Rendición de Gerona (cuadro de A. Carretero).—Bellas Artes: el sueño de un soldado (cuadro de Detaille).—S. A. la Infanta doña Francisca de Braganza.—Cádiz: Observatorio astronómico de San Fernando.

TEXTO: Crónica, por F. Serrano de la Pedrosa.—Explicación de los grabados.—Bibliografía militar de España en el siglo XIX (conclusión), por D. Luis Vidart.—El toque de matines (leyenda), por D. Julio S. Gómez de Tejada.—La mujer, por doña Aurelia Mateo de Alonso.—Sus ojos (poesía), por D. A. Ll.—Un poeta clásico, por D. José Ruiz de Ahumada.—La falda tricolor, por D. Adolfo Llanos.—Al volver á verte (poesía), por D. Adolfo Llanos.—Crítica musical, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Variedades y notas.—Instalaciones eléctricas en general, pararrayos, III, por D. M. Méndez.—Bibliografía.—Pasatiempos.—Solución á los insertos en el número anterior.—Anuncios.

CRÓNICA

Conque, señores suscritores, felices Pascuas.

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL entra (¡sabe Dios con cuántas dificultades vencidas!) en el décimo año de su existencia. No es éste el momento de que nos extendamos en promesas, después de todo realidades siempre por nosotros, hasta el alcance de nuestras fuerzas, y muchas veces yendo más allá.

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, desde su primer día, fué y seguirá siempre siendo el eco de la milicia, de esa noble é ilustre clase, honra, brillo y defensa de la patria.

Ni un momento nos hemos separado de esta mira, y son por ello nuestras páginas algo así como la historia ilustrada del ejército y de la armada.

En el curso de nuestra publicación aumentamos, para mayor amenidad y recreo, el campo de nuestro objeto, abarcando todo lo que á la cultura de un pueblo se refiere.

Y hoy, satisfechos de nuestra misión, continuamos nuestra tarea, cada vez más entusiastas y cada vez más devotos del progreso de las artes y de las ciencias.

El año está agonizando y, ¡oh crueldad humana! le despiden con panderetas. Desde días antes de Navidad sale de la Plaza Mayor y calles adyacentes algo así como un toque á rebato contra el año que muere. Oyese ahora la marcha fúnebre de 1888, tocada diabólicamente en tambores y sonajas. Hay en todos los pechos un deseo vivísimo de que llegue el año nuevo; y, sin embargo, ¡cómo debe reirse el Tiempo! No son los años los que pasan y mueren; somos nosotros.

...mos tomarlo á broma, pero no es

...nerviosa que produce la
...de cuándo y dónde es-
...as fácil, si nos coge
...de meter el tenedor
...olítica, ó encasque-
...aladera.

Esos movimientos que el vulgo llama *nerviosos*, aunque son los menos nerviosos de todos, comprometen á cualquiera y le hacen cometer un disparate sin darse apenas cuenta de ello.

Son completamente irreflexivos, y cuando usted *se recobra*, como dicen, ya está vertido el vino ó ya se ha hecho usted socio del Ateneo.

Por lo pronto, no conviene en estos días ponerse demasiado cerca de nadie, porque el susto no hay quien lo evite, y, con el susto, el pisotón ó el puñetazo de todo punto involuntario y de todo punto desagradable.

Conviene hablar á las personas de la familia á honesta distancia, dar besos *tirados* á los chiquitines, cuidar de no colocarse debajo de una lámpara, y tapar con algodón y cera los oídos del perro y de la criada para que no ladren al producirse el alboroto.

Para pedir algo á la alcarreña, se debe ir adonde esté, tocarle en el hombro con una caña larga, y se le indica el objeto que hace falta, llevándose las manos á la boca, á las zapuillas, á la cabeza ó adonde convenga.

El caso es que, si somos obsequiados con un petardo, cada individuo de la familia tenga *su esfera de acción*, un par de metros siquiera donde revolverse y hacer una cabriola ó dos al recibir el susto.

Los sordos, que hablen solos mientras esto dure; no los sordos *perfectos* (aunque la sordera sea una imperfección, cabe ser hasta perfecto jorobado, como sostenía el predicador del cuento), sino los sordos dos veces imperfectos, los medio sordos, los que abrigan la ilusión de que oyen y revientan á todo el mundo con el «¿qué?» y el «¿cómo?» y hacen movimientos de aprobación con la cabeza, ó sonríen de cierta manera fingiendo que se enteran, éstos son los más peligrosos en noches de petardo, porque oyen lo preciso para asustarse y no oyen lo bastante para que se les pueda hablar á distancia conveniente.

Es fácil conocerlos, aunque nunca se haya hablado con ellos.

No porque ellos confiesen su defecto (que no lo confiesan así los maten), sino porque hablan al sesgo, ó, por mejor decir, escuchan sesgados.

Cualquiera que oye bien, mira de frente á quien le habla; pero el medio sordo no, porque la sordera afecta siempre más á un oído que al otro, y el *teniente* necesita dar al que habla la banda de estribor ó la de babor, según cual sea el *tambor* sano.

Y si usted, ya escamado al ver que el oyente se ladea, da la vuelta y sigue la conversación por el lado obstruido, verá usted cómo el *teniente* da en seguida la misma vuelta y torna á presentarse á *sotavento*.

Huya usted en seguida, aunque deje usted á medio contar el disgusto habido entre Martos y Canalejas.

Que no ha sido tal disgusto, ¿sabe usted? Ni Martos ha dicho nada de Canalejas, ni Canalejas ha dicho nada de Martos.

Ha sido un tercero en discordia.

El cual tercero ha dicho cualquier cosa á Martos, por ejemplo; el nervio auditivo lo ha transmitido á la sustancia gris del cerebro; ésta, por medio de la sustancia blanca, ha hecho funcionar otros pedazos de sustancia gris; el nervio vago ha metido la cuchara, y en seguida ha latido el corazón más aprisa, y se han alterado los movimientos y la secreción del estómago, y se ha perturbado la secreción de la bilis y la fabricación de azúcar, y se ha hinchado un poco el hígado, y se han producido trastornos en las venas hepáticas, y lo ha sentido el corazón, y el nervio vago (que es muy trabajador) ha llevado este sentimiento del corazón al cerebro, y la sustancia gris ha exagerado su actividad en un lóbulo que se encuentra en la tercera circunvolución cerebral, junto á la cisura de Silvio, donde dicen que reside la palabra, y de allí, por medio de los linguales y los hipoglosos, y del vago (que no descansa), han bajado á la lengua de Martos estas palabras:

—¿Disgustos? ¡Quiá! ¡Pues no faltaba otra cosa!

Conque ya ven ustedes que lo ocurrido no vale la pena de criar cuervos.

No, no es eso; estábamos distraídos: decimos que lo ocurrido no vale la pena de pensar en ello.

El Sr. Quiroga Ballesteros ha abandonado la Intendencia general de Filipinas, y hasta nosotros ha llegado, en cartas y periódicos, el clamoreo que industriales, comerciantes y hombres de ciencia han levantado en el Archipiélago al saber que perdían el consejo y el gobierno de funcionario tan inteligente, tan activo y tan honrado.

Odiamos el *interview* y no hemos hecho pregunta alguna al Sr. Quiroga; pero conociendo, como conocemos, su complexión y su temperamento, no nos ha costado trabajo encontrar las causas de la retirada entre las circunstancias especiales de Filipinas, tales como el clima, las endemias, el color de los habitantes, los usos, hábitos, etc., etc.

Y como el clima le probó bien, y las endemias no le atacaron, y el color de los filipinos debía serle indiferente, claro es que han sido *los hábitos* la causa.

La verdad es que hay hábitos muy perjudiciales, dicho sea con licencia del General de la Orden.

Es probable que el General de la Orden no esté en un todo conforme con nosotros en este punto. Si es así, y para convencernos quiere invitarnos á tomar un pocillo de chocolate con la discusión y los bollos correspondientes, estamos dispuestos á discutir y á vaciar el pocillo, y á dejarle tamañito, con el respeto debido.

Entretanto, los filipinos deploran amargamente la venida del Sr. Quiroga Ballesteros, y, si les dejaran, serían capaces de *colgar los hábitos*, como se dice vulgarmente.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

MR. BENJAMIN HARRISON

En las últimas elecciones preliminares de com. promisorios para presidente de la República de los Estados Unidos ha triunfado M. Harrison, que representa el partido republicano y proteccionista, debiéndose verificar la elección definitiva en el próximo mes de Marzo, con todos los requisitos que previene la ley.

Es, pues, indudable que M. Harrison, cuyo retrato aparece en nuestra primera plana, será el designado para regir ese gran pueblo *yankée*, cuyos progresos son el asombro del viejo continente.

M. Harrison nació en el Estado de Indiana, el año 1833; en la guerra separatista se batió con gran valor é inteligencia, logrando el ascenso á General por sus pasos contados y su brillante comportamiento en los numerosos combates que figuran en su hoja de servicios; terminada la guerra abrió su bufete de abogado, y al poco tiempo había conquistado un puesto brillantísimo en el foro norteamericano. Estos ligeros rasgos biográficos caracterizan la personalidad del jefe de ese Estado venturoso, cuya situación económica ofrece un *excedente* acumulado en las cajas del Tesoro que se aproxima á *doscientos veintiocho millones de dollars*.

Un detalle: M. Harrison es de la Sociedad de Templanza; no bebe vino ni otra clase de licores, pero se distingue como gran fumador.

LOS VÁNDALOS EN ROMA

El cuadro que representa nuestro grabado de la pág. 564 obtuvo uno de los primeros premios en brillante concurso artístico, y la reputación de su autor unió un nuevo timbre á los que ya disfrutaba por sus obras anteriores.

El asunto histórico en que el autor inspiró este cuadro es, sin disputa, uno de los sucesos de la Edad Media que más importancia han tenido en el laborioso proceso de la historia de la humanidad; y el desmoronamiento de un imperio que dominaba en todo el mundo entonces conocido, sirvió luego de tema á trascendentales disquisiciones filosóficas sobre las consecuencias que puede acarrear la corrupción de los pueblos y el predominio de la inmoralidad, aun en sociedades vigorosamente constituidas.

RENDICIÓN DE GERONA

Nuestros lectores conocen las principales epopeyas de esa titánica lucha que la historia describe con el nombre de guerra de la Independencia, y que todo español recuerda con noble orgullo. Gerona y Zaragoza representan en nuestro siglo á Numancia y Sagunto de la Edad Antigua.

El autor de este cuadro ha logrado trasladar al lienzo, con gran maestría, una página gloriosa de nuestra historia, buscando en la ciudad que tantos hechos heroicos realizó en aquel memorable sitio, la expresión de sublime dignidad del pueblo que sólo se rinde cuando no existe ya un hombre que pueda tenerse en pie y sostener en sus manos el arma con que defendía el suelo patrio Gerona, con su invicto general Alvarez, ofrecieron á Europa ejemplos de abnegación y patriotismo que justamente envanecen á una nación.

EL SUEÑO DE UN SOLDADO

El distinguido artista, autor del magnífico cuadro que representa nuestro grabado de las páginas 568 y 569, goza merecida fama en el mundo del arte, y sus producciones son siempre objeto de admiración del público que las contempla.

El cuadro *El sueño de un soldado* ha sido premiado en la última Exposición de Bellas Artes de París con el primer premio de honor, y esta recompensa merecidísima bastará para llamar la atención de nuestros lectores sobre las bellezas

que atesora esta hermosa creación del genio, cuya descripción resultaría pálida, dado el espacio de que disponemos.

Detalle es un artista cuya especialidad son los asuntos militares; y preciso es reconocer que domina este género con facultades asombrosas.

S. A. la Infanta

DOÑA FRANCISCA DE BRAGANZA

Repasando los numerosos retratos que en su interesante obra *Mis Memorias íntimas* publicó el Teniente General marqués de Mendigorria, encontramos el retrato de la infanta doña Francisca de Braganza, esposa de D. Carlos, que allá por los años en que ocurriera la muerte del rey Fernando VII desempeñó importantísimo papel en las luchas é intrigas palaciegas que tantos gérmenes de discordia desarrollaron en nuestra política interior, durante ese período de triste recuerdo que ofrece la historia contemporánea.

No necesitamos hacer la descripción de este grabado, porque representa una personalidad de nuestros lectores conocida, y que gozaba de grandes simpatías en el vecino reino de Portugal, donde primeramente se refugió al ser expulsada de la madre patria.

OBSERVATORIO ASTRONÓMICO

de San Fernando.

Este establecimiento científico está confiado á la inteligente dirección de nuestros marinos, entre los cuales merece citarse su director D. Cecilio Pujanzón, que por sí sólo constituye una gloria de la patria.

El Observatorio de San Fernando fué construido en 1798; pero en 1862 sufrió grandes modificaciones y mejoras, que honran al país. Publica desde el siglo pasado el *Almanaque Náutico*, que tanta fama goza entre todos los marinos del mundo; y no obstante la escasez de medios con que lucha constantemente ha conseguido adquirir importantes y preciosos instrumentos, montar nuevos servicios y prestar á la ciencia y á la navegación trascendentales é imprescindibles datos, que justifican los elogios tributados por los extranjeros á este establecimiento.

Bibliografía militar de España

en el siglo XIX.

BIBLIÓGRAFOS MILITARES

(Conclusión.)

La celebración del centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado en el mes de Diciembre de 1884 dió ocasión á que se publicasen varios escritos bibliográficos. En la edición barcelonesa de las *Reflexiones Militares*, publicó el capitán de ingenieros D. Joaquín de la Llave un notable artículo en que se da cuenta de los libros citados por el marqués de Santa Cruz de Marcenado en sus obras científicas; y como es natural, una gran parte de estos libros pertenecen á la historia, arte y ciencia de la guerra. En el libro del catedrático D. Máximo Fuertes Acevedo, titulado *Vida y escritos del marqués de Santa Cruz de Marcenado*, se halla un apéndice con una colección de noticias de las fuentes bibliográficas para el conocimiento de la vida y de las obras del ilustre D. Álvaro Navia-Osorio; pero aún más numerosa que esta colección es la que inserta el capitán D. Miguel Carrasco-Labadia en su obra, premiada en público certamen, que se titula *El marqués de Santa Cruz de Marcenado. Noticias históricas de su vida, sus escritos y la celebración de su centenario en 1884*.

D. Angel de Altolaquirre, en sus laureadas biografías de los dos marqueses de Santa Cruz, ha incluído algunas noticias bibliográficas, principalmente en la del insigne autor de las *Reflexiones Militares*.

También en la muy notable monografía de don Juan de Madariaga, titulada *Vida y escritos del marqués de Santa Cruz de Marcenado*, se hallan bastantes datos referentes á la bibliografía militar de España; y lo mismo acontece en los *Apuntes para mi juicio de las Reflexiones Militares*, del comandante D. Emilio Prieto.

Con ocasión del reciente semifracasado centenario del héroe de Navarino, el joven escritor don Eduardo de Navascués ha publicado un libro que se titula *Coronas heráldicas, líricas y épicas en loor de D. Álvaro de Bazán*, en que se halla un apéndice con noticias bibliográficas que no carecen de interés histórico-militar.

El muy erudito historiador D. Marcelino Menéndez Pelayo, en la última edición de su libro *La ciencia española*, ha dado ya un lugar á los tratadistas de milicia, no mencionados en la primera edición de este notable resumen histórico de las glorias científicas de España.

Por último, en las numerosas y eruditas ilustraciones que acompañan al *Museo militar*, de don Francisco Barado; en las noticias bibliográficas que se incluyen en las *Notas de historia militar*, de D. Pedro A. Beranger y D. Modesto Navarro; en las repetidísimas citas de autores militares que se hacen en el *Diccionario militar*, de D. José Almirante, y hasta en la colección de *Semblanzas militares* de D. Enrique Ceballos Quintana y en la notable composición poética *La espada y la lira*, de D. Fernando de Gabriel, se hallan indicaciones de no escasa importancia para los que quieran ocuparse en el estudio de la bibliografía militar de España en todas épocas, pero principalmente en el siglo XIX.

El Sr. Almirante incluye en el número de los bibliógrafos militares á D. Ricardo Villaseñor, por ser autor del Catálogo de la Biblioteca del Ministerio de la Guerra, y en este caso hay también que dar al mismo nombre de bibliógrafos militares á D. José del Ojo y D. Eugenio de la Iglesia, por ser autores respectivamente de los catálogos de las Bibliotecas del Ministerio de Marina y del Centro Militar.

También menciona el Sr. Almirante, entre los bibliógrafos militares del siglo presente, al conde D. Federico Moretti, autor del *Diccionario militar español-francés*, publicado en Madrid el año 1828. Hay, en efecto, en este libro una parte titulada *Noticias de las obras latinas, castellanas, italianas, francesas, inglesas y alemanas que se han tenido presentes para la redacción de este Diccionario y su apéndice*; y á la verdad, que después de leer tan largo título y el brevísimo catálogo que le sigue, se recuerda el muy conocido adagio, «el que mucho abarca, poco aprieta.» En lo concerniente á libros españoles, los poquísimos que cita el Sr. Moretti pueden considerarse como raras excepciones de los muchísimos que calla. Basta decir que ni siquiera menciona la inmortal obra del príncipe de nuestros antiguos tratadistas de milicia, las *Reflexiones Militares*, del marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Para completar estas breves noticias de los trabajos de bibliografía militar que se han publicado en España durante lo que va corrido del siglo presente, tengo que mencionar los míos, que, puestos por orden cronológico, son los siguientes:

1867.—*Letras y Armas*. Un volumen en 8.º, impreso en Sevilla.

1871.—*Letras y Armas* (segunda edición). Un volumen en 8.º, impreso en Madrid. En este libro se reproduce una carta del escritor cordobés don Carlos Ramírez de Arellano, que vió la luz pública en el número del periódico de Sevilla titulado *El Independiente*, del día 17 de Mayo de 1867, carta en que se recuerdan los nombres y los escritos de varios autores que no habían sido citados en la primera edición de *Letras y Armas*. El Sr. Arellano,



BELLAS ARTES. - LOS VÁNDALOS EN ROMA (Cuadro de Robertse).



RENDICIÓN DE GERONA (Cuadro de A. Cuatrecasas).

A. CUATRECASAS

que se ocupaba en recoger datos para escribir una obra bio bibliográfica que sirviese de continuación a las dos celebradas *Bibliotecas* de D. Nicolás Antonio, llegó á poseer muy copiosa erudición, como se ve confirmado en la carta de que estoy tratando, donde se citan escritores militares casi olvidados, ó al menos muy poco conocidos. No sé cuál habrá sido el paradero del sinnúmero de papeletas bibliográficas reunidas por el Sr. Arellano, que falleció hace ya algunos años.

1876.—*La Historia literaria de España*. Un folleto en 4.º menor.

1877.—Carta dirigida á D. Manuel Seco y Shelly, que se halla al final del libro titulado *La Pluma y la espada*.

1880.—*Bibliografía militar de España en el siglo XIX, Tratados generales de milicia*; artículos publicados en *La Ilustración Militar*.

1884.—*Los biógrafos del marqués de Santa Cruz de Marcenado*, artículo publicado en la *Revista científica militar*, de Barcelona.—*Autoridades que declaran el mérito del marqués de Santa Cruz de Marcenado y de sus Reflexiones Militares*, artículos publicados en *La Ilustración Militar* (hoy NACIONAL).—*Fuentes bibliográficas para el conocimiento de la vida y escritos del marqués de Santa Cruz de Marcenado*, artículo publicado en *La Correspondencia Militar*.

1886.—*Bibliografía del centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado*, artículos publicados en LA ILUSTRACIÓN NACIONAL.

1887.—*Villamartin y los tratadistas de milicia en la España del siglo XIX*; conferencia dada en el Ateneo de Madrid, que está seguida de un apéndice donde se mencionan muchas obras militares impresas después de haberse publicado la *Bibliografía militar de España* del Sr. Almirante. Se ha insertado este apéndice en el tomo III de la colección de *Conferencias históricas* del Ateneo de Madrid.

1888.—*Bibliografía del centenario de D. Alvaro de Bazán*, artículos en *El Ejército Español* y en la *Revista general de Marina*, y después coleccionados en un folleto en 4.º menor.—*Bibliografía militar de España en el siglo XIX. Tratados generales de milicia*; tres artículos publicados en LA ILUSTRACIÓN NACIONAL.

Aún habré de citar como escritos que pueden servir de auxilio á los eruditos que quieran conocer la Bibliografía militar de España las *Fábulas y romances militares* (Barcelona, 1817), del marqués de Casa-Cajigal, donde se halla un diminuto catálogo de libros de milicia nacionales y extranjeros, y la dedicatoria de los *Comentarios históricos y eruditos á las Ordenanzas militares* de D. Antonio Vallecillo, en que se relata el resultado obtenido en la publicación de sus respectivas colecciones de leyes militares por D. Juan Antonio Portugués, D. Francisco Ventura de la Sala y D. Félix Colón de Larriategui.

Resulta, pues, de todo lo dicho que han escrito obras en que, ya exclusiva, ya incidentalmente, se trata de bibliografía militar española, en el siglo XVII, D. Nicolás Antonio; en el XVIII, D. Vicente García de la Huerta, D. Pedro de Lucuze y D. Vicente de los Ríos; y en el XIX, los autores que á continuación se expresan, puestos por orden alfabético:

Almirante, Altolaguirre, Aufión, Barado, Berenguer, Blázquez. Carrasco (D. Adolfo), Carrasco-Labadía (D. Miguel), Casa-Cajigal (el marqués de), Ceballos Quintana, De Gabriel, Espina, Fernández de Navarrete, Fuertes Acevedo, Juan Diana (don Manuel), La Iglesia (D. Eugenio de), La Llave (don Joaquín de), La Plata, Madariaga (D. Juan de), Menéndez y Pelayo, Moretti (el conde D. Federico), Navascués, Ojo y Gómez (D. José del), Pasarón, Prieto, Ramírez de Arellano, Salas (D. Ramón de), Seco y Shelly, Vallecillo, Villaseñor y Vidart.

He terminado esta larga epístola; pero en otra, que te escribiré cuando tenga tiempo para ello, trataré de un asunto que puede considerarse como el complemento del que ahora ha ocupado mi pluma, los biógrafos de militares ilustres; porque en este número están comprendidos los tratadistas de milicia que en la bibliografía se menciona. La bi-

bliografía y las biografías de los escritores son los dos elementos que se han de estudiar con detención antes de aventurarse á escribir acerca de asuntos histórico-literarios, si estos asuntos se quieren juzgar con conocimiento de causa, como vulgarmente se dice.

Hasta que te dirija la prometida epístola, se despide de ti en esta relación de publicidad literaria, tu viejo amigo y antiguo compañero

LUIS VIDART.

Madrid 31 de Octubre de 1888.

El toque de maitines.

Fragmento de la segunda parte de la leyenda inédita

«El Rapto sacrilego» (1)

Á LA EXCMA. SEÑORA

Doña Ángela Caballero y Saavedra, marquesa del Villar.

I

En la cumbre de un áspero monte, que parece que toca en los cielos, se recorta, á la luz del relámpago, la almenada pared de un convento. Rebujado en la sombra nocturna que fulmina el relámpago á trechos, se dirige hacia aquél un jinete que galopa sobre un potro negro. Trae airón en la erguida cimera; la pesada armadura de hierro bajo el amplio ropón de batalla, cruje á veces con ruido siniestro; y la faz, descubierta, denota su color sin color, que es un muerto el que sube á galope tendido el declive del monte soberbio.

Ni el fragor de la recia tormenta que propagan los rápidos ecos, ni el zizás del rojizo relámpago, ni del rayo el fosfórico fuego, ni el alud despeñado que baja de la cresta de nieve del cerro, y en el valle retumba con ronco, formidable, inaudito estruendo, el galope fantástico acortan con que sube el feudal caballero por la abrupta colina, en que tiene el cristiano edificio cimienta.

Llega al fin; descabalgua. El caballo desaparece en un bosque de abetos; del vetusto retiro en la puerta da tres golpes sonoros y recios con el puño cerrado, que calza milanés guantelete de acero, y, el umbral repasando, se pierde en la oscura mansión del convento.

II

La noche es oscura; los ecos repiten las cláusulas lúgubres, dolientes y tristes que, allá, en la penumbra del coro, murmuran las vírgenes, y el compás de la lenta campana que toca á maitines.

Las monjas prorrumpen en el *Miserere*. Sobre el enlutado

(1) Pertenece al segundo cuaderno de la obra en publicación del mismo autor, *Narraciones feudales*.

catafalco, véanse los restos mortales de Laura que quince años tiene... De Laura, la monja, que, muerta, parece que duerme...

Los cirios esparcen girándulas trémulas; y el órgano, en ecos solemnes, que llenan del claustro las cóncavas naves, oscuras, desiertas, con sus notas metálicas pide perdón y clemencia.

De pronto, el ábside del templo recorre fantasma que sube al túmulo en donde el cadáver de Laura, la monja, permanece inmóvil... y llegándose al yerto cadáver, le dice estas voces:

¿Te acuerdas?... Te dije: «¡Adiós, vida mía! me parto á la guerra, mas yo volveré; Si mueres, del negro sepulcro sacarte y amarte en la muerte, mi Laura, sabré. Si muero en la guerra, del sueño profundo del féretro, ansioso de verte saldré: tú has muerto, yo he muerto... Despierta, bien mía, que ya del letargo mortal desperté.»

Besóla en la boca el fúnebre espectro, los cirios lanzaron opacos reflejos, del pavor con la angustia las monjas del coro se huyeron, y la monja difunta de súbito se irguió sobre el féretro.

Temblaron las bóvedas, crujieron las naves, el órgano el último clamor formidable esparció en la penumbra del coro solemne, vibrante, y la muerta y el muerto en la sombra del coro juntáronse...

En tanto en la torre los ecos repiten las cláusulas lúgubres dolientes y tristes que allá en la penumbra del coro murmuran las vírgenes, y el compás de la lenta campana que toca á maitines...

III

Aún la sombra nocturna se extiende desde el monte lejano hasta el valle, cuando el recio portón del convento, sin ruido, en la sombra, entreabren. Por él, juntas, unidas las manos, dos fantasmas fatídicas salen: negro airón en la negra cimera de las dos la más lúgubre trae; bajo el amplio ropón de batalla, de Milán recio arnés de combate, y doradas espuelas que crujen con metálico son discordante. La otra, viste de blanca estameña, virginal aureola de azahares, nivea toca en la sien, y en el pecho roja cruz que parece de sangre.

El espectro feudal, un silbato de sonidos metálicos tañe; reaparece en el curvo recodo

del camino, el caballo espantable;
monta en él la fantasma; en la grupa
de la monja se yergue el cadáver,
y, á galope tendido, hacia el llano,
del vetusto convento se parten.

Desparecen: el alba despunta;
se despiertan, cantando, las aves...
¡y el raptor y la monja se vuelven
á las tumbas de piedra en que yacen!

En tanto en la torre
los ecos repiten
las cláusulas lúgubres
dolientes y tristes,
que allá en la penumbra del coro
y el compás de la lenta campana
que toca á maitines...

JULIO S. GÓMEZ DE TEJADA.

La mujer.

Tanto se ha escrito y hablado de la mujer, que es casi una vulgaridad encabezar este artículo con su nombre. Tanto se ha dicho y repetido hasta la saciedad, que es bastante leer el epígrafe en cualquier publicación, para que un bostezo dilate nuestros labios y el libro ó periódico caiga de nuestras manos.

No hay escritor que no la haya dedicado algunas cuartillas; y si todo lo que se ha dicho se hubiera realizado; si los grandes pensamientos de que ha sido objeto se hubieran puesto en práctica, la mujer sería el ser más dichoso de la creación.

Desgraciadamente no ha sido así: muchos discursos académicos, galanas disertaciones de la más florida elocuencia, frases pomposas y de gran efecto; pero en el fondo, nada: la mujer sigue, con raras excepciones, como hasta aquí, sin que se haya dado un paso para mejorar su situación moral y material.

Han creído sus defensores hacer bastante con abrirla las puertas de la ciencia, cuando lo que necesita la inmensa mayoría son medios para adquirir los más sencillos conocimientos con que hacer frente á las eventualidades de la vida, que la pongan al abrigo de la miseria y la degradación.

¡Educación para la mujer! Désela en hora buena: pero la que le sea útil para algo, con arreglo á su clase en la sociedad, no esa suma de conocimientos fútiles en una esfera é inaplicables en otras por falta de recursos.

Dadle la importancia suya, la que legítimamente y de derecho la corresponde, no esa otra ridícula y bufa con que queréis adornarla.

No necesita ir á las aulas á profundizar los grandes arcanos de la ciencia; nace enseñada por su corazón, que la inspira todo lo bueno, todo lo santo. *Vale y enseña más un latido del corazón de la mujer, que dos tomos de Filosofía.*

La cátedra donde debe transmitir los tesoros de una buena educación y una inteligencia sabiamente cultivada, es el hogar doméstico, donde, investida con el santo título de madre, le está encomendada la sublime misión de formar el alma de las futuras generaciones.

Los que os decís redentores de la mujer porque pedís para ella los mismos derechos sociales que para el hombre, sabed que, prudente y sensata, se ríe de vuestras teorías, desprecia vuestras utopías; y si llegáis á poner en práctica muchas de ellas, que están reñidas con el sentido común y su naturaleza misma, cuando muy ufanos vinierais á ofrecerla sus ventajas, os volvería la espalda.

Y no es que la falte capacidad y carezca de dotes para alternar con el hombre en los diferentes ramos del saber humano; la historia guarda en sus páginas mil nombres de mujeres ilustres por su talento ó por su heroísmo.

Hay quien se goza en colocarla en último térmi-

no social, por antagonismo á los que las enaltecen: á unos y á otros ciega la pasión. La mujer es lo que el hombre y la sociedad en que vive quieren que sea: luz ó sombra, ángel ó demonio, blanda cera que sus virtudes ó vicios modelan.

Por *Eva* perdimos el *Paraiso*, dicen en constante y ya fastidioso estribillo los detractores de la hermosa mitad del género humano; pero no añaden que por *María* ganamos el *cielo*. Vociferan sin cesar: por *Helena* se conmovieron Oriente y Occidente, y *Lucrecia* puso en guerra el Imperio romano; pero no cuentan que *Judith* salvó á su patria.

¿Qué ciencia pretenden enseñar á la mujer los hombres que rechazaron á Colón por loco, cuando les ofreció un mundo que no existiera sin *Isabel la Católica*? ¿Dónde habría aprendido aquella gran Reina lo que ignoraban los más sabios de su tiempo?

La mujer, considerada intelectualmente, vale tanto como el hombre: las artes la deben sus más preciados nombres.

¿Qué habría sido Miguel Angel sin el místico cariño de la marquesa de Pescara? ¿Y de Rafael, sin las palpitantes formas de la *Fornarina*?

Ha compartido con él la gloria.

Fausto existe por *Margarita*; Abelardo es célebre por *Eloísa*; *Beatriz* eleva al Dante hasta los purpúreos y azulados senderos del paraíso.

Creéis halagar su vanidad con ofrecerla participación en los negocios públicos, ridiculizándola en el fondo de vuestra imaginación, por suponerla inepta para ello. Demasiado sabéis que Carlos V no hubiera sabido gobernar sus Estados sin la influencia política de *Margarita* de Aramberi.

¿Tenéis héroes? Pues recordad á *Mariana Pineda*, triunfante sobre el cadalso, muriendo por la libertad; á la invicta *aragonesa*, timbre preclaro de nuestra patria independencia.

El poder de la mujer, ¿quién se atreverá á negarlo?

¿Qué vale para ella el más potente poderío? Napoleón vence y conquista á más de media Europa, y es vencido por *Josefina*; la pluma de *Madama Stüel*, turba los sueños de gloria de aquel coloso que juzgaba pequeño el mundo; y, por último, el terrible, el sombrío fundador del Escorial, que hacía estremecer al mundo con un fruncimiento de sus cejas, el que hubiera firmado la sentencia de muerte de su hijo sin temblar, era dominado á su vez por las miradas que doña *Ana de Mendoza*, princesa de Éboli, le dirigía.

¿Qué más pudiera decirse para gloria suya? Cuando en toda una nación no existía un solo hombre que hiciera frente al tigre sediento del 93, *Carlota Corday*, con pecho esforzado, le arrancó la existencia con sus blancas y delicadas manos.

¡Callad, callad ya, si no queréis que la mujer se burle de vosotros, como *Catalina de Rusia* se reía de Voltaire cuando éste creía estarse riendo de toda Europa con sus ingeniosos cuentos!

La mujer sabe y comprende qué es lo que debe y tiene que hacer en la sociedad: no pretendáis trastornar su buen juicio, que la advierte lo que debe aceptar de vuestros adelantos y lo que debe merecerla un supremo desdén. *¡Está entre Dios y el hombre, como la luz entre el cielo y la tierra!*

Dadle instrucciones, pero en armonía con los altos deberes á que está llamada; y aunque nunca haya asistido á un anfiteatro médico, sabrá, de seguro, vendar y cicatrizar las heridas del alma y del cuerpo con tanta delicadeza como el más hábil operador; amenazad el patrimonio de sus hijos, y razonará como un jurisconsulto; no habrá hojeado jamás un tratado de economía política, y, sin embargo, distribuirá su modesto haber como el más hábil hacendista.

Dejadla en el seno de su hogar, y no la saquéis en manifestación ridícula á ese mundo envenenado por vosotros. El aire que en él se respira es deletéreo, y marchitaría los frescos claveles de sus labios, las rosas de sus mejillas.

AURELIA MATEO DE ALONSO.

Castellón 16 de Diciembre de 1888.

Sus ojos.

Sabed, amigas lectoras,
pero guardadme el secreto,
que yo conozco unos ojos
como la amargura negros,
dulces como la lisonja;
tristes como el sentimiento,
que habitan en un semblante
último piso de un cuerpo,
cuyo nombre y cuyas señas
voy á decir; mas... silencio.

Yo bien quisiera deciros
lo que estos ojos han hecho
desde que andan por el mundo
á guisa de bandoleros,
ya robando corazones,
ya esperanzas destruyendo,
como si hubiesen nacido
para ser en este suelo
purgatorio de las almas,
y de las vidas inferno;
mas cuando voy á contaros
lo que sé, me miran ellos,
y con su lengua me dicen
en voz muy baja: «¡Silencio!»

Ingratos, ingratos ojos,
tan ingratos como bellos;
para quererme, son nieve;
para mirarme, son fuego;
ojos que así profundizan
en los arcanos del pecho,
y se llevan la ventura
y roban el pensamiento,
no son ojos, son bandidos:
si los encontráis, prendedlos.

Yo buscaba en sus pupilas
la compasión, el consuelo;
buscaba la imagen pura
que fabricó mi deseo;
buscaba mi fe, mi gloria,
mi porvenir, mi contento,
la savia de mi existencia,
el ángel de mis ensueños...
y esos ojos inhumanos
en vez de amor, me dan celos.
Y más cosas os dijera
si no me mirasen ellos,
diciéndome con enojo,
y en voz muy baja: «¡Silencio!»

Ya desdeñosos, ya humildes,
ya seductores, ya tiernos,
irritados ó benignos,
caprichosos ó soberbios,
acariciando ilusiones
ó esperanzas destruyendo,
dormidos entre sonrisas
ó entre suspiros despiertos,
tan pronto dicen: «¡Te adoro!»
Como murmuran: «¡Te beso!»
Ora exclaman: «¡Que me abraso!»
Ora gritan: «¡Que me hielo!»
Una vez tocan al arma,
otra vez tocan á fuego,
y suelen tocar á gloria,
y también tocan á muerte;
y á veces... ¡Dios me perdone!
he visto brillar... mas... ¡quedo!
que ya vuelven á mirarme
con torvo y adusto ceño,
y con su lengua me dicen
en voz muy baja: «¡Silencio!»

A. LL.

Un poeta clásico.

Víctima de una larga y penosa enfermedad, sufrida [con resinsación cristiana, acaba de bajar al sepulcro, en la capital de nuestra patria, D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, soldado distinguido é inspirado poeta, y uno de los pocos representantes que quedaban entre nosotros de la generación brillante que rindió culto á los cánones de la escuela clásica, muerta ya para siempre.

Coronel del cuerpo de artillería, que ha reunido en sus escuadrones la flor y nata de la hidalguía castellana; director de la Academia de Buenas Letras de Sevilla, que mantiene en su seno las tradiciones poéticas de Caro, de Herrera y de Rioja; diputado á Cortes antes de la Revolución de Septiembre, y después de la Restauración borbónica, en diferentes legislaturas; gobernador de Málaga y Cádiz, en cuya provincia dejó imperecederos recuerdos de su honradez y de su caballerosidad; noble por los cuatro cuarteles, como se dice en heráldica, y descendiente del general Apodaca, que tantos laureles conquistó para España; político consecuente con sus principios moderados y sus ideales conservadores, defendidos con lealtad y servidos con perseverancia, era De Gabriel una figura brillante en las distintas esferas de la actividad humana á las que consagró una vida laboriosa, dejando en ellas un nombre inmaculado.

Mas el timbre gloriosísimo que legará De Gabriel á la posteridad, es el de la poesía, á la cual dedicó desde los primeros albores de su juventud hasta los últimos momentos de su existencia. Era el tipo del poeta clásico. Como los primeros ingenios de nuestra literatura, formaba en las filas de las milicias de Marte y de los ejércitos de Apolo, compartiendo su tiempo entre las armas y las letras, manejando con igual soltura la espada que la lira, y demostrando prácticamente aquel pensamiento de Cervantes, que dice: «que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.» Y á cantar las glorias de las armas y las letras en nuestra España, íntimamente unidas y estrechamente ligadas, consagró la más importante de sus obras; la epístola poética dirigida al marqués de Casa-Arízón, excitándole al ejercicio de la poesía, y que lleva por título *La espada y la lira*.

No falta en esta hermosa y extensa producción el nombre de ninguno de aquellos valerosos soldados é inspirados vates que esmaltaron con sus victorias y sus versos la historia y la literatura española. Jaime el Conquistador, Alfonso el Sabio, el infante D. Juan, el canciller Ayala, D. Álvaro de Luna, Jorge Manrique, Santillana, Macías, Pérez de Guzmán, Carvajal, Estúñiga, Quadros, don Pedro el Ceremonioso, Sandoval, Montemayor, Urrea, Lullio, Ausias March, Ereilla, Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Garcilaso de la Vega, Boscán, Mendoza, Aldana, Figueroa, Acuña, Espinel, Alcázar, Castellanos, Guillén de Castro, Zárate, Virués, Argote de Molina, y cuantos entre nosotros han vestido el uniforme del ejército y han coronado su frente con los laureles de la poesía, todos los menciona De Gabriel en su poema, sin olvidar á los contemporáneos Pezuela, Vidart, Navarrete, San Román, y tantos otros que sería prolijo enumerar.

La prensa periódica por medio de sus distintos órganos, tanto de Madrid como de provincias, emitió juicios altamente favorables para la epístola dirigida al marqués de Casa-Arízón: Cañete, Blanco, Cárdenas, Pérez Villamil, Luis Alfonso, Benito Más y Prat, y tantos otros que dirigen la opinión pública en materia de crítica literaria, elogiaron y aplaudieron sin tasa la obra de D. Fernando de Gabriel. Federico Villalba, una de las más grandes ilustraciones del partido conservador, herido por la muerte cuando empezaba á cosechar los frutos de una vida laboriosa, le dedica á nuestro autor, en carta que se estampó al frente de una de las múltiples y profusas ediciones de *La espada y la lira*, las siguientes frases: «Dar buenos consejos, y darlos en magníficos versos, ya es obra meritoria; tanto más cuanto es más digno de escu-

charlos el aconsejado y cuanto él mismo puede hacer de ellos el mejor uso. Pero predicar con el ejemplo, excitar al ejercicio de la poesía á un soldado, que puede beber en las aguas de Hipócrates sin dejar, llegado el caso, de pelear bizarramente;

tadas en estilo galano y con pincel seguro y colorido apropiado á cada uno de sus históricas fisonomías.»

Por último, Ros de Olano dijo de la Epístola: «Es clásica, está troquelada en el molde de Herrera,

manjares, y que siempre fueron aplaudidas por el público. Esto le valió primero ser individuo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, senado en donde han tenido siempre asiento los varones más eruditos en el gay saber, y más tarde ser

que nos lo dedicó. Juzgando aquel insigne literato en su prólogo las poesías de De Gabriel, dice de ellas: «Severo y sobrio de adornos, enérgico y conciso en la expresión, y aun violando á sabiendas ciertos preceptos secundarios de la eufonía, por

idea á otras consideraciones de menor importancia, por la riqueza y galanura de la frase poética, la propiedad y brillantez de las imágenes, y el número y cadencia de los versos, que avaloran especialmente aquellas poesías en que el autor, menos obligado á sujetarse á la índole filosófica y austera del asunto, es más dueño de la composición de sus cuadros y de la rotundidad y armonía de sus períodos.»

Este es el concepto que le merecerá á la crítica literaria de lo porvenir, D. Fernando de Gabriel; el de un poeta clásico, correcto y académico, si faltar de inspiración en ocasiones, esclavo de la forma siempre, y que en los asuntos elegidos por su numen para acompañar las notas de su lira, en sus ideas y en sus principios, más parece un vate de nuestro siglo de oro que un poeta moderno. Y hasta por su apostura y sus ademanes; por su gentileza y discreción; por su cuerpo alto y fornido como el de un atleta; por la insignia de una de nuestras Ordenes militares, y por las cruces que ornaban su pecho; por su hidalguía y su entereza, y por su religiosidad y caballerosidad, más parecía un soldado poeta de los tercios de Flandes, como Garcilaso de la Vega, ó de los ejércitos de la Reconquista, como Hurtado de Mendoza, que un hijo del siglo XIX.

En esta colección de poesías de que veníamos hablando, descuellan las dedicadas á «Eugenia de Guzmán,» á «Dos Hijos de Reyes,» á «D. Tomás de Reina,» á «Polonia,» á «Murillo,» á «Fernán Caballero,» al «Dos de Mayo,» y las tituladas «La Santa Cruz,» «La Oración,» «El faro de Dios,» y otras que no mencionamos, por no fatigar la atención de nuestros lectores.

Como muestra de sus composiciones poéticas, citaremos la consagrada á la gloriosa epopeya del «Dos de Mayo,» que mereció ser reproducida en multitud de periódicos, y haber sido elogiada por los críticos. Dice así:

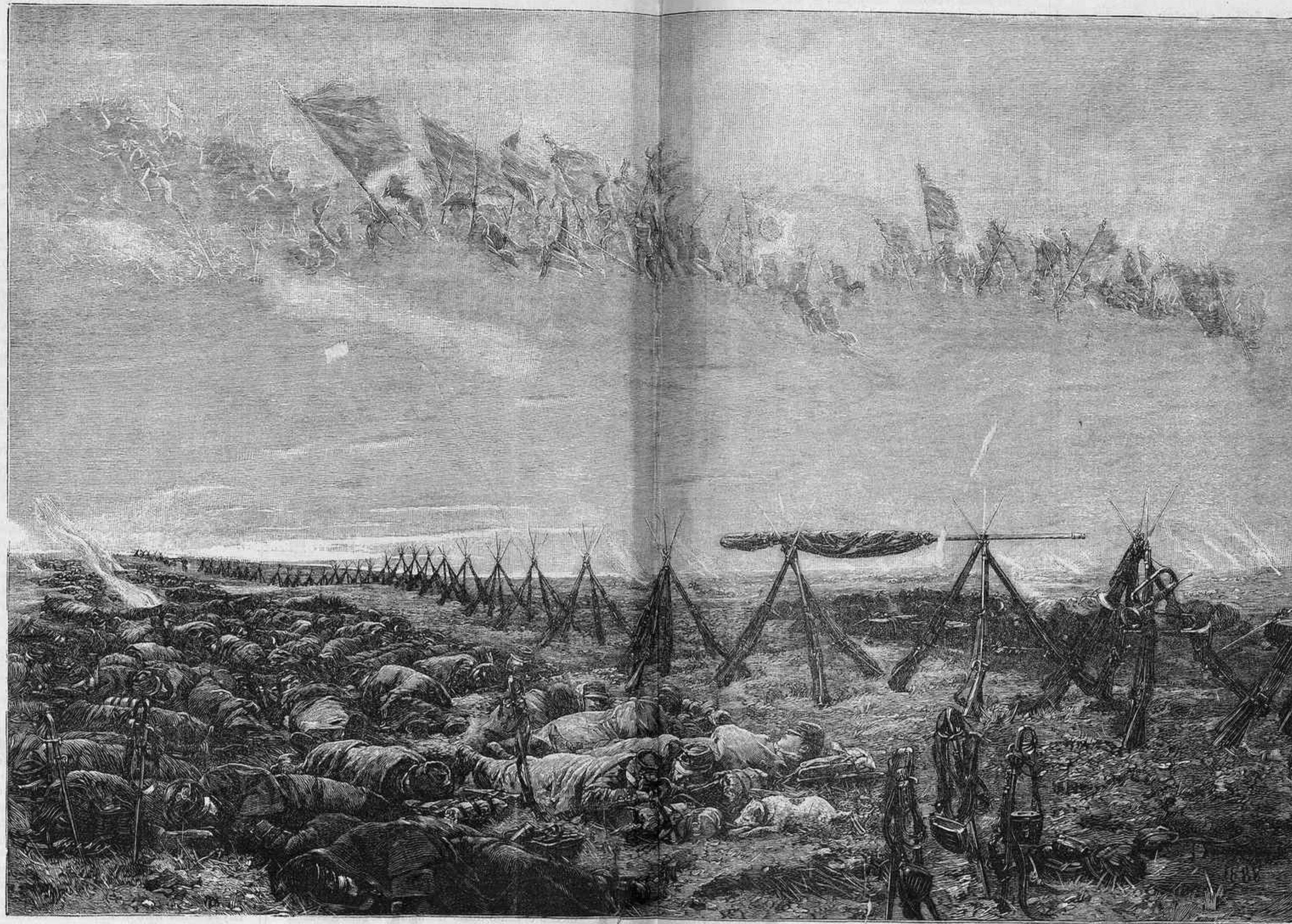
Trueno el cañón: intrépido Velarde
Corre á afrontar la muerte en la pelea,
El acero en su diestra centellea
Fuego divino en sus miradas arde.
Muere de patrio amor en santo alarde,
Que Europa un día con asombro vea:
Blanco lienzo el francés perdido ondea
Y Daoiz suecumba á la traición cobarde.
Rásgase entonces el alto firmamento,
Y del egregio conde de Gazola
Suena la augusta voz: ¡Sublime día!
(Exclama en celestial arrobamiento)
¡Estos mis hijos son, esta la sola
Ventura que restaba al alma mía!
¡Tú inspiraste, Señor, tan grande hazaña!
¡Siempre en mis hijos las encuentre España!

Todos sus versos tienen el mismo corte, la misma factura, como ahora se dice; todos están vaciados en el mismo molde.

Con Zapata, con Bueno, con Asensio y con tantos otros, era De Gabriel uno de los más distinguidos representantes de la Escuela sevillana.

Y no sólo distinguióse De Gabriel escribiendo hermosos versos castellanos, sino que también tradujo del francés, en cuya lengua era versadísimo, varias composiciones de Víctor Hugo y de Pedro Dupont, vertiéndolas á nuestro idioma en la misma forma poética en que escribieron sus inspiradísimos autores.

No era D. Fernando de Gabriel como esos antiguos poetas de nuestro Parnaso, de muchos de los cuales no han quedado más que sus versos, sin que se sepa que escribiesen en prosa, sino que también sobresalió como escritor castizo y elegante; y hasta podremos apodarle cervantista, de los que siguieron las huellas de Díaz Benjumea. Quedan como muestras de este género por él cultivado, entre otras, su discurso de recepción en la Academia Sevillana de Buenas Letras, la Advertencia publicada al frente de las obras de Huidobro, el prologuista de su colección de poesías, y el artículo necrológico dedicado al inolvidable Fernán-Caballero, el más popular de nuestros novelistas, y que vivió la luz en 1878, precediendo las *Últimas producciones* de la ilustrada escritora que ocultaba su nombre bajo el citado seudónimo.



BELLAS ARTES.—El sueño de un soldado (Cuadro de Detalle.)

haciendo para estimularle y despertar su afición, un viaje delicioso al Parnaso militar, es cosa digna de la mayor estima.» El conde de Cheste, director de la Academia Española, felicitaba á De Gabriel, en misiva tan clásica como atildada, diciendo que así lo hacía: «primero, por el nuevo y feliz pensamiento, y después por el modo magistral con que ha desempeñado tarea, bien difícil en verdad, por la enumeración y la clasificación de tantas y tan diversas figuras como presenta retra-

la avalora erudición, y su timbre es nobilísimo.»

Después de estos juicios sobre la obra maestra de De Gabriel, huelgan los nuestros, que nada valdrían junto á los de críticos tan eminentes y maestros tan consumados en el arte del bien decir.

En revistas, en periódicos, en Ateneos y Academias, dió á conocer nuestro escritor composiciones tan escogidas y tan selectas, que fueron saboreadas por los amantes de las letras como exquisitos

Director de la docta Corporación, reemplazando en su puesto al ilustre Fernández Espino.

Dió á la imprenta D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca la colección de sus versos, precedida de un elocuente prólogo escrito por D. Luis Segundo Huidobro. De esta colección se hicieron varias ediciones, y la que tenemos á la vista es un ejemplar de la segunda, elegantemente impreso en casa de Tello, en Madrid, con un magnífico retrato del autor, y que debimos á la galantería de éste,

más que sólo raras y justificadas veces, y sin que por esto deje de ser siempre castizo, correcto y puro en su lenguaje, manifiesta De Gabriel en las poesías, en que domina un elevado pensamiento religioso, moral ó político, la justa preferencia que en semejantes asuntos han dado al fondo sobre ciertos accidentes de la forma, nuestros mejores clásicos; pero demuestra bien que tal proceder nace exclusivamente de su resolución de no sacrificar nunca la claridad, exactitud y fuerza de la

Considerando á De Gabriel bajo otros aspectos, brillaba también por una relevante cualidad, muy echada de menos en nuestros días: la consecuencia política. Diputado en las últimas Cortes del reinado de Isabel II, habiendo en este lapso de tiempo permanecido alejado de la cosa pública, y sido fiel con caballería española á los poderes que cayeron en Alcolea, y que fueron restaurados en Sanguito. Por eso; sin duda, la real familia distingióle siempre con particular afecto, y con respetuosa consideración.

¡Lástima grande que hombre de estas cualidades no lo hubiese colocado su partido en los más altos puestos de la política y de la administración, y que sólo aprovechase sus valiosos servicios en cargos de segundo y de tercer orden, aquí donde diariamente vemos en todas las agrupaciones encontrarse á las medianías, y sobresalir á hombre adocenados que salieron de la nada! Como lástima grande es también que De Gabriel se retirase joven del cuerpo de Artillería; sirviendo á su patria en la milicia hubiese muerto con los entorchados de General en las bocamangas de su uniforme.

Los últimos actos de De Gabriel estuvieron en consonancia con todos los de aquella vida, consagrada á enaltecer á su patria, á la que sirvió con la pluma del escritor, con la lira del poeta y con la espada del soldado. El fué el que organizó la celebración del centenario en honor del heroico marqués de Santa Cruz, que hubiera tenido lugar, á no haber ocurrido pequeños rozamientos, muy frecuentes en este suelo meridional, y que malograrón los esfuerzos empleados por De Gabriel en pro de tan laudable idea, cual era la de honrar la memoria de hombres que escribieron con sus hazañas las páginas inmortales de nuestra gloriosa historia. Mas si fracasó el proyecto del centenario, los fondos para él recaudados se destinarán á elevar una estatua á aquel héroe de Lepanto, para cuya empresa se han unido hombres de la importancia de Cánovas, de Pidal y de Vidart, que trabajaban para emplazarla, como hoy se dice, en uno de los sitios más céntricos de Madrid; pero lo mismo la gloria de la celebración del citado aniversario, que la de levantar un monumento al marqués de Santa Cruz, pertenecen á De Gabriel, iniciador de idea tan feliz como laudable.

Tachan algunos al ilustre muerto que hoy llamamos, de presuntuoso, por estar enorgullecido con sus timbres nobiliarios, su cruz de Alcántara y sus relaciones con la primera grandeza castellana; pero ningún cargo más gratuito que éste, formulado sin duda por la envidia y la ligereza que caracterizan, por desgracia, á muchos juicios humanos. Sucedió á De Gabriel con esto, lo que acontece al literato con sus escritos y al pintor con sus cuadros: que se hallaba enamorado de su alcurnia, porque en ella veía simbolizado un reflejo de las glorias de la patria; y en el recuerdo de sus antepasados y de sus progenitores veía la representación de una raza que, sin que seamos partidarios ciegos de sus hechos, merece ser respetada y aplaudida, en cuanto ha abrigado las páginas de nuestra Historia; y vemos con tristeza que muere y que se extingue con el fallecimiento de nuestro escritor y de otras tantas figuras que desaparecen con él y que encajaban muy bien allá en las altas esferas de nuestra sociedad.

Por lo demás, era D. Fernando afable en su trato, democrata en sus costumbres, cariñoso en su conversación, amante del pueblo, sencillo y natural en su manera de ser, hasta el punto de estar siempre accesible á todos los que lo ocupaban, ya como funcionario en los distintos puestos que desempeñó, ya como particular.

Hemos concluido, no una necrología, ni un artículo biográfico, ni tampoco un trabajo crítico, que nada de esto nos propusimos escribir, ni tenemos alientos para tanto, sino la impresión que produce en nosotros el nombre, la persona y las obras de D. Fernando De Gabriel y Ruiz de Apodaca.

Ligados con él por una amistad respetuosa, á la cual no se opuso ni la distancia de nuestras edades, ni la distancia de nuestras ideas, creímos cum-

plir con un deber religioso depositando sobre su fosa, no una corona de roble, ni un ramo de laurel, sino las siemprevivas de los recuerdos y de los elogios que dedicamos en este artículo á su insigne nombre y á su honrada memoria.

JOSE RUIZ DE AHUMADA.

La falda tricolor.

(Continuación.)

En esta profunda herida bebió mi alma el vigor y la firmeza. Dí principio á la batalla enarbolando la bandera negra, porque negras eran las pupilas de Rosa, y Rosa había de servirme de acero y de baluarte.

Cora comprendió que iba á ser atacada, aunque no pudo comprender cómo ni por qué, y aceptó el reto, confiada y animosa. Nada podía temer, porque no amaba todavía.

En las luchas de amor, todo depende de las pequeñeces. La mujer posee el arma de la coquetería; pero el hombre tiene el recurso de los celos. Una mujer, por mucho que quiera coquetear, debe mantenerse dentro de los límites del decoro; un hombre puede ir tan lejos como le convenga. Así, en las batallas de amor, cuando las fuerzas son iguales, nunca pierde el hombre.

Persuadido de esta verdad, sólo necesitaba averiguar si Cora era bastante fuerte para rechazarle.

Comenzaban las veladas de invierno.

En la casa del maestro se reunía lo más florido de la sociedad del lugar, y leyendo, hablando, ó jugando á la brisca, se mataban las horas desde las seis de la tarde hasta las nueve de la noche.

Rosa y Cora formaban lo que llamamos *ranchito aparte*; y yo, sin ser invitado, me incorporé á tan deliciosa compañía.

Rosa estaba acostumbrada á tener novios, porque los adverbios de negación la eran completamente desconocidos; pero nunca había logrado pescar un novio de la corte, y por ser yo cortesano, más que por otra cosa, me amaba y me celaba con toda su alma, y su alma era tan ancha como su conciencia.

Merced á mis recursos, y á los que Rosa me facilitaba con su celosa ternura, mi arsenal de armas ofensivas estaba bien provisto.

Para lidiar con las mujeres es necesario saber algo. Un sabio, en concepto de las mujeres, no sabe nada: para ellas, el saber es la frivolidad. Yo no era sabio, pero sabía frivolidades; hacía juegos de manos, dibujaba, tocaba el *flageolet*, componía charradas y logogrifos; poseía, en fin, el arte de las pequeñeces tontas, que siempre es estimado del bello sexo.

Comencé por ofrecer á Rosa un dibujo. Rosa no tenía álbum; lo fabriqué con hojas de mi cartera, y dí principio á mi trabajo. Mientras Cora leía, yo dibujaba, y Rosa me miraba dibujar. Las demás personas que formaban la tertulia se entretenían hablando, á excepción del maestro, que se sumía en las profundidades de sus problemas; de don Juan, que zurcía sus polainas; y de doña Juana, que regañaba á D. Juan porque se había echado una mancha en los pantalones.

En el pueblo faltaba buena tinta para dibujar. El pedazo de tinta de China que empleé para comenzar el dibujo, se agotó muy pronto. Cora tenía un frasco de tinta azul, y me lo ofreció. Yo lo rehusé, diciendo:

—Mil gracias: el azul no me gusta, ni aun en la tinta.

Los ojos de Cora se ruborizaron.

Dejé de dibujar y tomé parte en la conversación. Se hablaba de las cosechas, del sol y de las aguas. Aproveché una oportunidad, y dije:

—Me agradan los días nublados, porque encubren el color del cielo.

Cora bajó los ojos. Comprendí que se había enojado, y me hice esta reflexión:

—Si hoy se enoja, mañana me estimará.

Mas llegó el día siguiente, y pasó, y pasaron otros días, y Cora recibió con indiferencia los ataques dirigidos á su amor propio.

Era preciso cambiar de táctica, y así lo hice. Lancé los proyectiles de mis baterías sobre el corazón de doña Juana.

Hacerse amable á la mamá, es un recurso estratégico que debe emplear todo corsario; porque si la hija es la presa, la madre es la escolta.

Doña Juana recibió mis primeros tiros lo mismo que los últimos: sin conmoverse. Llegué á sospechar que su corazón estaba blindado, pero al fin conocí que su blindaje era el vacío, porque no tenía corazón.

Entonces pensé en D. Juan.

No era posible llegar hasta él más que por la vía de la escopeta, y me hice cazador.

Salimos juntos á cazar: no pude conseguir que mi colega entrara en materia; iba tan absorto en la observación de la pista de una liebre, que, de improviso, me encajó una perdigonada en el sombrero.

Un perdigón que se me metió en una oreja me hizo comprender que perdía el tiempo con D. Juan como lo había perdido con doña Juana.

El espectro de la derrota aparecía en el horizonte.

Tomé una resolución desesperada.

Pedí á doña Juana la bella mano de su hija.

Me miró de pies á cabeza, y dijo desdefiosamente.

—La mano de mi hija está reservada para su primo.

Sentí algo que gemía dentro de mi corazón.

.....
¿Por qué todas las mujeres han de tener un primo?

La torpe declaración hecha á doña Juana dió sus naturales frutos. Cora recibió orden de no presentarse en la tertulia. Esta determinación, en otras circunstancias, hubiera sido venturosa para mí, porque el mejor aliado del novio es el padre que castiga á su hija para que no ame. Pero entonces la resolución de doña Juana destruyó todos mis proyectos, porque Cora no me amaba, ni siquiera pensaba amarme.

Después de tanto contratiempo, no esperaba una desgracia mayor; y, sin embargo, vino sobre mí otra desgracia que era más grande todavía.

El primo de Cora se presentó en el pueblo.

¿Qué objeto traía? Lo ignoro. Rosa me dijo que venía á *pasar el tiempo*.

Cuando ví entrar al primo en la casa del maestro de escuela, sentí que todo el fuego de mi corazón se agolpaba á mis mejillas.

Hay personas cuya presencia causa el efecto de una bofetada.

Juanito acababa de cumplir veintidós años. Era elegante hasta la saciedad y tonto hasta la medula de los huesos.

Poseedor de una fortuna considerable, se dedicaba á la ocupación de gastarla, y distraía su afectado aburrimiento haciendo el amor á todas las mujeres. Era guapo y usaba corsé. No se quitaba los guantes más que para dormir. Se jactaba de conquistar deidades incorruptibles y derramaba el oro por los bolsillos y las necesidades por la boca. Tenía valor para todo: hasta para recibir los puntapiés que le administraban sus rivales.

Las bellas prendas que adornaban á Juanito no podían agrandar á ninguna mujer honrada; pero doña Juana era una señora de peso, y sabía pesarle todo. Echadas en la balanza las prendas y las ta-

legas de Juanito, pesaban más las talegas. La fatuidad, los vicios y las tonterías se evaporaban como el humo; pero el oro quedaba en el fondo.

Doña Juana tenía la virtud de no ver nada cuando le tapaban los ojos con un par de monedas.

Después de conocer á Juanito, comprendí que me convenía hacerme su amigo, y esto lo conseguí fácilmente.

Entonces supe que Juanito venía á casarse.

Mi corazón me dijo: «Esto no puede ser. Y no será.»

El día siguiente de la llegada de Juanito, reinaba en la tertulia del maestro una animación extraordinaria. Las mujeres se habían retirado á descansar, porque acababan de dar las nueve, y los hombres seguían hablando. Se trataba de un asunto interesante: de una nueva contribución impuesta por el Gobierno.

Entre los hombres había quedado doña Juana, sin duda porque no se consideraba como mujer, y no le faltaba motivo.

He aquí una parte de la conversación:

El Alcalde.—Señores, yo creo que la contribución es injusta.

El Juez.—Nos parece más onerosa, porque el Gobierno exigió menos en los años anteriores; pero el hecho es que habiendo aumentado más que nunca la riqueza pública, jamás se ha pedido menos á la nación.

El Maestro.—Más por menos, da menos.

El Alcalde.—Sin embargo, como todo es empezar, yo temo que mañana se imponga otra contribución sobre los útiles de labranza, y luego otra sobre los caballos, y luego otra sobre los perros...

Don Juan.—¿Sobre los de caza? ¡Pues no faltaría más!

Doña Juana.—¡Silencio, Juan! No te metas en lo que no entiendes.

El Alcalde.—¿Qué opina usted, señor Cura?

El Cura.—Deploro mucho lo que sucede; pero la conformidad debe ayudarnos en estas circunstancias para que se nos haga menos pesada la obligación.

El Alcalde.—¡Qué felices seríamos sin pagar impuestos!

El Cura.—Nunca podremos librarnos de ellos: el que no los paga al Estado, los paga al fastidio, á los prestamistas, á los vicios ó á la deshonra.

El Juez.—Tiene razón el señor Cura.

El Alcalde.—Esta condenada política...

El Juez.—No hablemos de eso: la política hace decir más tonterías que el amor.

Juanito.—Pido la palabra. ¿Piensan ustedes que el amor hace decir tonterías?

El Juez.—Y cometerlas, que es lo peor.

Juanito.—Ustedes son profanos en la materia: ¡El amor es la gran ciencia!

El Maestro.—No hay más ciencia que las matemáticas.

Juanito.—Para los sabios; pero yo no creo en ellos, porque en el mundo son sabios todos los que hablan de manera que no los entiendan los demás.

El Juez (sonriendo).—Usted defiende el amor porque está próximo á sufrir su yugo. ¿No es esto?

Juanito.—¡Dios me libre de confundir al amor con el matrimonio! El amor es el Paraíso, y el matrimonio el Purgatorio.

El Juez.—¡Cómo! ¿Se atreve usted á decir tal cosa?

Juanito.—¿Por qué no? Soy independiente hasta el salvajismo.

Yo.—Lo creo.

Juanito.—No porque esté dispuesto á casarme he de negar la verdad. En primer lugar, señores, el matrimonio es un lujo que no todos pueden permitirse. En segundo lugar, la mujer no es más que una añadidura del hombre.

Doña Juana (muy colorada).—¡Qué calor hace!

Juanito.—La mujer tiene algo de hueso. Cuando el hombre se casa, toma un hueso que roer toda su

vida; y mientras el hombre roe, la mujer le devora. Por esta razón, á los diez años de matrimonio todos los casados se cargan de espaldas. Parece que están en presidio.

Doña Juana.—Mucho, mucho calor.

Juanito.—Yo soy muy franco: amo á mi prima, pero conozco los defectos de su sexo. Las mujeres tienen siempre algún inconveniente: de jóvenes, tienen caprichos; de viejas, tienen vicios.

El Cura (gravemente).—Caballerito, hay pensamientos que nunca deben pasar del período de incubación.

Juanito.—Dispense usted, señor Cura: no soy de esos libertinos que calumnian á la mujer: amo á mi prima, y esto basta; pero creo que el matrimonio es un crimen. Es decir, casarse por un arrebatado de amor, es un crimen con circunstancias atenuantes; pero casarse pensándolo á sangre fría, es un crimen premeditado.

El Juez (sonriendo).—¿Y qué pena merece ese crimen?

Juanito.—Ninguna, porque en el pecado lleva la penitencia.

El Juez.—¿Y usted se atreve á casarse?

Juanito.—Amo á mi prima, y esto basta. Pero si no la amara, seguiría con inefable placer mi vida de conquistador.

El Juez.—¿Conquistador de qué?

Juanito.—De corazones.

El Juez.—¡Ah!

Juanito.—Es una gran carrera. Y el firme propósito de no casarse proporciona á los hombres el medio de hacer á todas las mujeres, sin jurar en vano, este magnífico juramento: *Ó tuyo, ó de ninguna*; que se traduce de este modo: *Ni tuyo, ni de ninguna.*

El Cura (levantándose y saliendo de la habitación).—Buenas noches.

Todos.—Buenas noches, señor Cura.

Doña Juana.—¡Qué calor hace!

Juanito.—Señores, he dicho lo que siento, porque soy muy franco. Pero amo á mi prima, y esto basta.

Yo.—Amiguito, la franqueza tiene á veces el peligro de rayar en impertinencia, y no siempre debemos decir lo que sentimos.

Diez minutos después quedó disuelta la tertulia.

Doña Juana, muy colorada, entró en su habitación sin dar á nadie las buenas noches.

Yo me retiré pensando: «¡Si Cora hubiera escuchado á su primo!»

Al otro día supe que Rosa y Cora habían escuchado la conversación detrás de una puerta.

«Es imposible, me dije, que Cora pueda corresponder á un imbécil. Llegó la ocasión de probar otra vez.»

De orden de su madre, Cora seguía esquivando mi presencia; y como obedecía de muy buena voluntad, claro era que no tenía interés en verme. Acudí á Rosa, que con la ingenuidad propia del idiotismo se prestaba cándidamente á favorecer mis planes. Le pedí el álbum de Cora con el pretexto de copiar un dibujo, y en la última página del álbum escribí lo siguiente:

Como va la gentil mariposa
buscando la luz,
Luce y los brillantes pupilas
bañadas de azul.
Las he hallado en el pálido rostro
de un bello querub
que del cielo ha bajado á la tierra:
no sé si eres tú.

Entregué á Rosa el libro para que lo devolviera. Las mujeres son muy astutas; pero Rosa tenía la cabeza demasiado esférica. Desempeñó su encargo á medida de mis deseos.

Después de dar este paso, necesitaba ver á Cora. La expresión de su rostro debía revelarme el éxito de mi tentativa.

No necesité aguardar mucho. Cora salió á pasear, cogida del brazo de su primo. Pasó por mi lado, me dirigió una mirada insolente y severa, y lanzó á su primo una hermosísima sonrisa, capaz de iluminar el cielo. Bajé los ojos llenos de ira, y los flé en el vestido de Cora. Llevaba la falda tricolor, de menudas rayas alternadas, unas rojas, otras negras, otras azules.

Al ver la sonrisa de Cora, me estremecí como la fiera cogida en el lazo. ¿De qué podía quejarme? El sistema empleado por mi enemiga era también el mío. Trataba de devolverme golpe por golpe.

Esto me decía mi corazón irritado, suponiendo que Cora pudiera amarme; pero en breve cayó deshecho el mágico alcázar de mis ilusiones al soplo de una desgarradora idea. Cora no me amaba, y no tenía necesidad de fingir ni de vengarse: amaba á su primo... y ni siquiera me aborrecía.

Esta, esta era la más cruel de las ideas que palpitaban en mi cerebro trastornado. Verdad espantosa, que se alzaba clara, firme, indomable y altiva en medio de mis confusos pensamientos.

¿Y por qué no había de ser verdad? ¿Por qué no había de amar á su primo? ¿Acaso era yo mejor que él?

Me retiré á mi casa. Tenía fiebre.

Después de reflexionar durante media hora, salí á la calle para buscar á Juanito, provocarle y matarle.

A la mitad del camino pensé otra cosa, y me detuve. Por fin, al cabo de muchas vacilaciones y de pensar no pocas locuras, determiné marcharme del pueblo.

Esta resolución me pareció tan buena, que entré en mi casa muy alegre, cantando esta coplita:

De amarte me arrepiento:
¡qué loco he sido!
Detrás del sentimiento
vendrá el olvido.

Arreglé con prontitud mi maleta, pedí un caballo y fui á despedirme del cura, de Rosa y de su tío, pretextando que una noticia inesperada me hacía volver á la corte.

Como estas cosas suceden con frecuencia en la vida, ni el cura, ni el maestro, ni Rosa pudieron creer que les engañaba.

Rosa se creyó en la obligación de derramar dos lágrimas muy grandes, que ni siquiera podían compararse con perlas, porque eran demasiado gordas para no ser falsas.

Yo la consolé, aunque no la hacía gran falta el consuelo, diciendo que volvería muy pronto y que la escribiría cartas muy extensas, de un tamaño proporcionado á sus lágrimas.

Propúsome el maestro que me despidiera de Cora y de sus padres. Me excusé con la precipitación de mi marcha, y salí.

Al pasar por debajo de los balcones de la casa, me pareció que alguien me hablaba, y levanté rápidamente la cabeza. Uno de los balcones estaba abierto, pero no había nadie en él.

Sin embargo, yo hubiera jurado que me habían dicho estas palabras:

—«No se vaya usted.»

Cuando puse el pie en el estribo, me detuve un momento. Recordaba, y no me cabía duda: una voz me había dicho, muy tenue, muy suave, muy dulcemente: «No se vaya usted.» Pero yo me iba.

Al salir del pueblo tropecé con una escopeta. Detrás de la escopeta debía haber un hombre, y éste, por noventa y nueve probabilidades contra una, debía ser D. Juan, y era el mismo.

—¿Va usted de paseo? me preguntó.

—No, señor; voy de viaje.

—¿De viaje? ¿Y no ha dicho usted nada?

—No he tenido tiempo de despedirme de nadie.

—¿De nadie? ¿Ni de mi mujer?

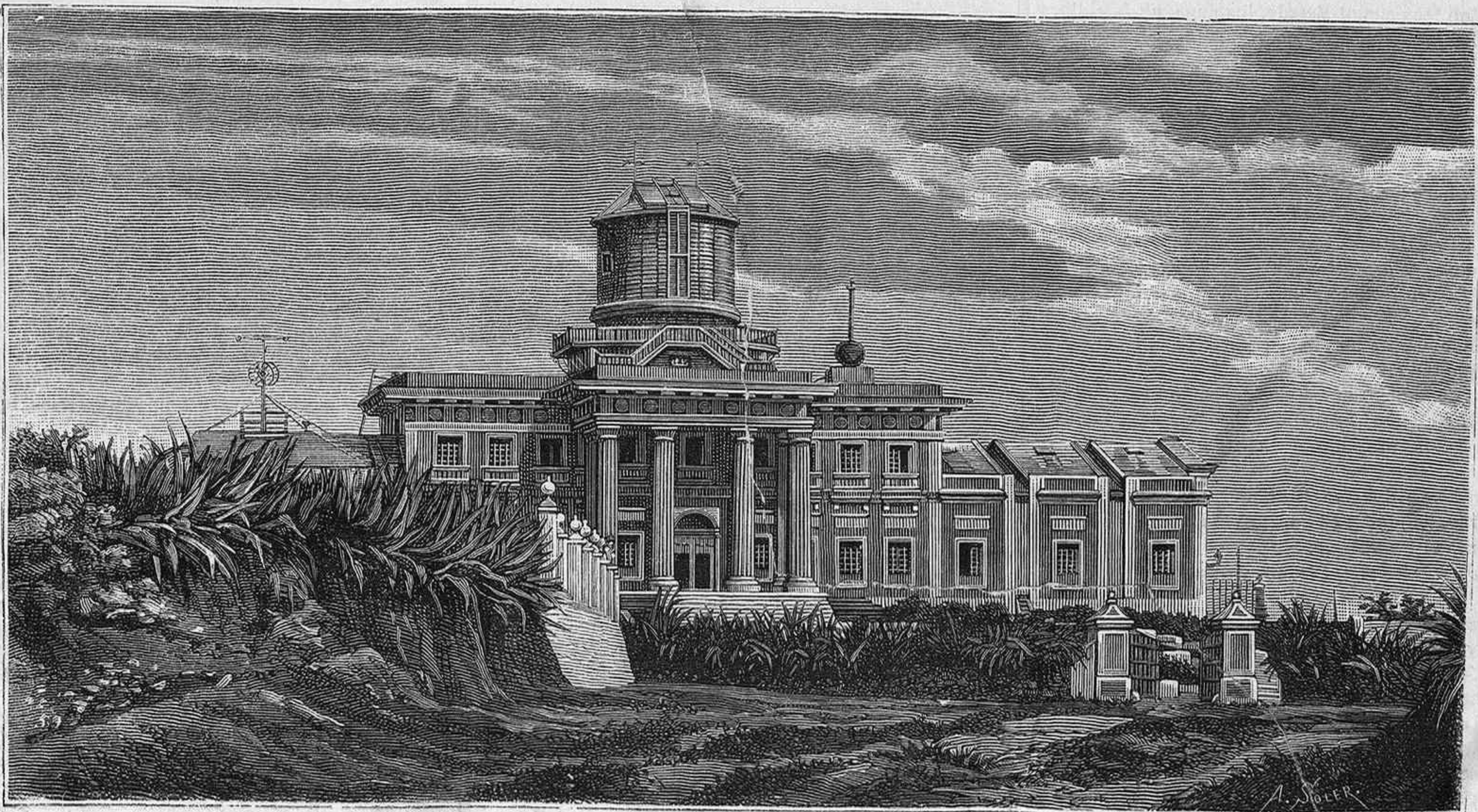
—Tampoco.

(Continuará.)

ADOLFO LLANOS.



S. A. LA INFANTA DOÑA FRANCISCA DE BRAGANZA



CADIZ.—OBSERVATORIO ASTRONÓMICO DE SAN FERNANDO

Al volver á verte

Vuelvo á verte por fin; no lo esperaba
¡Qué tarde vuelvo!
Me dices que otra imagen, no la mía,
llena tu pecho.
La ausencia y el olvido, de consuno,
muerte me dieron;
que quien llora perdida su ventura,
vive muriendo.
¿Te acuerdas de los plácidos instantes
en que, risueño,
tu labio tembloroso me decía:
«¡Cuánto te quiero!»
¿Te acuerdas, di?... Mi frente, reclinada
sobre tu seno,
sumergida en las ondas opulentas
de tu cabello;
tus manos de azahar entre las mías,
y de tu aliento
el cálido vapor sobre mi rostro
lanzando fuego;
ya, sin hablar, me dabas tu alma entera
dentro de un beso;
ya escapaba la risa de tu boca,
ó ya, gimiendo,
dábame, redoblando tu ternura,
quejas y celos,
con la voz empapada de sollozos,
y tus luceros
velados por las lágrimas sublimes
del sentimiento.
Ya no te acordarás de aquellas horas...
¡yo si me acuerdo!
¡Ay, cómo la esperanza se consume,
y cómo el tiempo
se lleva las caricias, las promesas,
los juramentos!
Relámpagos de gloria y de locura
¡cuán breves fueron!
¿Por qué los atractivos de la vida
no son eternos?
¡Adiós! ¡Adiós! La ingratitude te guíe
al ancho puerto,
en donde la inconstancia vencedora
tiene su imperio.
Fidelidad, pasiones inmutables,
¡cándidos sueños!
No reflejan las aguas del olvido
la luz del cielo.
Tú ya olvidaste los felices días
que yo recuerdo:
tú gozas del amor en otros brazos...
¡y yo me muero!

ADOLFO LLANOS.

Crítica musical.

Cuando Rossini se atrevía á poner en música el mismo asunto que ya había puesto Paisiello, *Il Barbiere di Siviglia*, y cuando la primera representación del de Rossini, en el teatro Argentina de Roma había producido la tempestad de silbidos, cambiada al día siguiente en una ovación inmensa, no era un desconocido para el público de Roma el que pocos años antes había ya recibido el nombre de *El Cisne de Pésaro*.

Rossini, que al escribir en trece días el *Barbero*, á la edad de veintitrés años, había escrito ya trece óperas desde que en Agosto de 1808 había compuesto su cantata *Il pianto d'armonia per la morte d'Orfeo*, había dado su primera ópera *Demetrio e Polibio*, compuesta en Bolonia en la primavera de 1809, al teatro del Valle de Roma, donde fué representada por la compañía Mombelli. La cavatina *Pieu di contento il veno*, y el dúo *Questo cor ti giura amore*, le hicieron ser proclamado un nuevo Cimarosa. Poco antes del *Barbero* había hecho representar también en Roma el *Torvaldo e Dorliska*, y antes, en Milán, *La pietra del Paragone*, del género bufo, con tal éxito, que de Parma, de Plasencia,

de Bérgamo, de Brescia, acudían á Milán numerosos *dilettanti* para oír la música del que entonces fué llamado el Cisne de Pésaro, el *dio della musica*, el Orfeo de Bolonia. El *Tancredi*, representado con éxito de fanático entusiasmo en el teatro de la *Fenice*, de Venecia, *L'italiana in Algieri* y el *Turco in Italia*, con el célebre dúo entre Selim y Fiorella, *Siete turco non vi credo*, habían precedido también á *Il Barbiere*. Aquel coloso de la música que en trece días escribía esa verdadera joya, tan llena de vida y de frescura hoy como hace setenta años, escribía al año siguiente el tercer acto del *Otello*.

Weber, en un folleto en que se quejaba del *sirocco rossiniano* que soplabá del Mediodía, decía, hablando de Rossini: «No llega á ser abeja todo el que quiere, y es muy fácil detenerse en la transformación y no llegar á ser, en suma, sino una abispa incómoda que os ensordece y aburre.» Ya, al ser representada *La Pietra del Paragone*, había quien decía de Rossini que no sabía hacer más que *arabescos*. El autor de *Euryanthe*, del *Freyschutz* y del *Oberon* no prevía el *Guillermo Tell*.

Si en *Il Barbiere di Siviglia* la prodigiosa riqueza de inspiración seduce y fascina, no asombra menos la poderosa facultad de creación que hace brotar en trece días esa *chef d'œuvre* en la que los años no hacen mella alguna; facultad de que tantas y tantas muestras se registran en la vida artística de Rossini, así había de escribir *La Ceneréntola* en dieciocho días; así había de escribir uno de los mejores dúos de *La Gazza*, en la trastienda del editor de música Ricordi, en una hora y en medio de la confusión y el ruido de doce ó quince copistas de música, dictándose unos á otros *particellas*; así había escrito, en pocos minutos, el aria *di tanti palpiti*, llamada el aria *dei rizzi*, del *Tancredi*.

«El género gracioso, dice Castelar, atraía siempre el ingenio peregrino de Rossini, su vena fecundísima. Dividiendo su tiempo entre Roma y Nápoles, compuso para Roma su obra maestra, *El Barbero de Sevilla*. No se acomodaba el genio de Rossini á la naturaleza y al genio de Beethoven; pero se acomodaba mucho á la naturaleza y al genio de Mozart. En verdad, Mozart es un genio italiano. Ha nacido en el Mediodía de Alemania, y lleva impreso en la frente espaciosa el beso creador de Salzburgo. Luego Mozart ha recorrido Italia, y se ha inspirado en la musa de la historia moderna, en la nación estética por excelencia, donde indudablemente adquiriera las dos cualidades sobresalientes de su arte, la sencilla pureza del gusto y la ingenua sobriedad clásica en la inspiración y en el estilo. Mozart es el genio más divino y más humano al mismo tiempo; la ecuación de lo ideal y de lo real, como las antiguas estatuas clásicas. Sólo que en lo antiguo la realidad se eleva hasta las cimas de lo ideal, porque á su vez lo ideal decrecía y se aminoraba hasta dejarse tocar por la mano del hombre, sereno, impasible como un verdadero triunfador. El ideal nuestro está muy alto. Pero Mozart sube, y no se cansa de subir porque su ascensión es un vuelo. Mozart enlaza la profundidad alemana, su idealidad etérea, con la gracia, con la hermosura, con la expresión brillantísima de los italianos. Parece su alma la conjunción de dos mundos; parece su obra el enlace misterioso del genio de dos razas. No podía Rossini desconocer el manantial de inspiraciones y de pensamientos encerrados en las obras maestras de Mozart. *El Barbero* es de ello buena prueba. Rossini no lo ocultaba. Un amigo suyo le dijo, después de varias audiciones de *El Barbero*: «Maestro, habéis tomado los pensamientos mejores de Mozart. ¡Pues no, dijo Rossini, que tomaría los peores!» Al genio se le perdona todo. Hay, en concepto del género humano, entre los plagios del genio extraordinario y los plagios del vulgo, la diferencia que entre las hazañas del ladrón y las hazañas del conquistador.

Después de esta hermosísima cita del gran artista de la palabra, poco nos queda que añadir respecto de la obra inmortal de Rossini. Trascurren los años, renuévase el público del regio coliseo, la

inspiración de los compositores modernos aumenta los tesoros del arte musical, y *El Barbero de Sevilla* es en todo tiempo encanto del oído y resulta siempre admirable por la frescura de sus melodías, por la espontaneidad de sus combinaciones armónicas, por el color. por la animación, por la vida que el compositor ha repartido en todos los pasajes de su obra incomparable. Si dejamos de oír la durante algún tiempo, al escucharla después descubriremos en sus cavatinas y en sus dúos, en sus arias y en sus tercetos, en sus coros y en su orquestación nuevas bellezas y nuevos encantos.

Y este efecto produjo en la noche del domingo 15 del actual la ejecución de *Il Barbiere*. Desde la apertura hasta el final, el ánimo de los espectadores parecía caminar de asombro en asombro y de maravilla en maravilla. Verdad es que, si no desprovista de defectos, la interpretación fué en general acertada y digna de los aplausos atronadores que se concedieron como premio merecido á los artistas.

Despedíase con la obra del mago inmortal de la armonía, Emma Nevada. Y con esto no es menester que digamos que la función fué un continuo triunfo para la eminente *diva*.

Muy grande ha sido el que la señora Nevada ha conseguido interpretando *El Barbero*; pero, con todo, no creemos que el papel de Rosina sea de los que mejor se adaptan á sus condiciones artísticas. Por lo menos no nos atreveríamos á asegurarlo. Es más; llegamos hasta dudar de que en *Lakmé*, en *Sondambula* y en *Dinorah* haya soprano que la supere. Mas para *El Barbero* se necesita, no sólo pasmosa agilidad y picar las notas con seguridad y limpieza, sino un caudal de voz que la señora Nevada no tiene.

Si juzgado en conjunto el carácter de la Rosina representada por la señora Nevada, resulta á veces sin aquella fuerza de expresión, sin aquella verdad que debe ser como el punto de mira adonde han de dirigirse los esfuerzos de todos los actores y de los cantantes, fuerza es convenir en que la eminente *diva* ofrece á la contemplación del público, en la representación de *El Barbero*, detalles de primer orden, de esos que unen en aplauso general las manos de los espectadores. Y estos detalles se admiran en algunas frases de la cavatina *una voce poco fá*; en algunas melodías el dúo con el barítono; en la lección de música y en algunas frases del dúo con el tenor, del tercer acto. Allí la voz de la artista se eleva á su grado máximo de belleza, y bien puede decirse que hasta allí se llega y de allí no se pasa.

La señora Nevada eligió la canción del *Misoly* en la ópera *Le perle du Brésil*, de Felicien David, y la elección fué afortunada.

Es verdaderamente imposible dar idea de la expresión con que la dijo; sólo oyéndola puede concebirse aquel pugilato entre la voz y la flauta, aquella especie de concurso en que el órgano vocal vence al instrumento músico, porque aquél resulta más afinado, más ágil, más flexible.

Al terminar la ópera, y empalmado con las últimas notas, cantó el vals de la ópera de Gounod, *Mireille*, estrenada no hace mucho tiempo en San Petersburgo.

Sintetizando nuestro juicio respecto de la señora Nevada, diremos: que para la feliz interpretación de la ópera de Rossini le falta la gracia é intención. Hará sentir y llorar en escenas candorosas, llenas de pasión y ternura; pero no se apoderará del público con la música juguetona y picaresca de Rossini. En medio de la viveza, de la chispeante gracia, de la animación, de la vida que los demás artistas imprimían á sus respectivos papeles, hacía un poquito de sombra en el cuadro la señora Nevada. No le falta, seguramente, ni donaire, ni gracia, ni travesura; su talento, que es grande, y su instinto artístico, que es maravilloso, supliran la deficiencia de la voz; pero será difícil que domine papeles como el de Rosina. No es la *rolpe sopraffina* que dice Figaro; ni en el gesto, ni en el ademán, ni en la intención en el decir, es posible adivinar

la enamorada, traviesa, maliciosa y resuelta pupila:

Ma si me toccano
dove e il mio debolo
sarà una vipora
e cento trappole
prima de cedere
farò giocare;

que dice Rosina, ó, como dice Figaro: *¡Ah! che in cattedra costei, di malizia puo dettar.*

El enamorado Lindoro del primer acto; el *mariscallo al regimiento* del segundo; el tímido D. Alonso y el apuesto Almaviva del tercero, encontraron en el joven tenor Sr. De Lucía un intérprete digno de aquellos acentos en que la pasión y el arte se funden en la inspirada creación de Rossini.

En las escenas con D. Bartolo y con Rosina del segundo acto; en el dúo del tercero y en el final de la ópera, mostró hasta dónde alcanzan sus condiciones de actor y de cantante. Pero donde su voz lució todos los prodigios fué en las dos romanzas del primer acto.

El Sr. Baldelli, que hacía su primera salida en la temporada actual, fué el artista de la obra, haciendo un D. Bartolo irreprochable. El gran caricato, mejor dicho, el maestro, porque considerarle como caricato es desconocer en absoluto el arte, no es solamente un barítono de mérito excepcional, sino un prodigio en el arte de interpretar estos difíciles papeles. Su escuela de canto, su voz hermosa y bien timbrada y la flexibilidad de su talento, le colocan entre los primeros artistas de su género.

El Sr. Uetam se hace de la misma suerte acreedor á nuestros elogios. Hizo un D. Basilio magistral.

El Sr. Carpi, discreto en su parte de Figaro.

Respecto de la orquesta, poco hemos de decir. En la tempestad sonaron bien los timbales, demasiado bien; pero justo es afirmar que, salvo este defecto, ó más bien este exceso, que fácilmente puede corregirse, no estuvo tan desacertada como otras veces.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

Variedades y notas.

El primer cañón de hilo de acero construído según el sistema de M. Sougbridge, ha salido de los talleres Obenchoff, que dirige, en Rusia, el almirante Kolokoloff, y los primeros ensayos, hechos recientemente, han dado muy buenos resultados.

Es una pieza de 15 centímetros de calibre que pesa 5.600 kilogramos. El tubo interior es de acero; mide dos metros; está guarnecido de hilo de acero y envuelto en una fundición de hierro.

La cámara para la pólvora tiene 17 centímetros de diámetro; el mecanismo de la culata es del sistema Bange.

El hilo de acero tiene seis milímetros y medio de espesor; pesa 730 kilogramos.

Los experimentos del tiro empezaron con un proyectil que pesaba solamente 32 kilogramos 600, y se han llegado á hacer disparos con proyectiles que pesaban más de 55 kilogramos. La carga de pólvora puede ser de 12 á más de 18 kilogramos.

La velocidad inicial mayor (655 metros), ha sido obtenida con el proyectil de 32 kilogramos y una presión de 1.336 kilogramos por centímetro cuadrado. Con el proyectil de 55 kilogramos la velocidad inicial ha sido 522 metros, con 1.478 kilogramos de presión.

Se han hecho 500 disparos, y los resultados han sido satisfactorios. Justifican completamente los principios del inventor, relativos á la posibilidad de construir barato y con prontitud, un cañón seguro y de confianza.

El Gobierno francés no pierde de vista el cañón de hilo de acero. Muchos sistemas se están estudiando y ensayando en los talleres de Santo Tomás de Aquino.

Parece un capricho muy raro y extravagante que una Sociedad de sabios se ocupe, como curiosidad, de un par de botas, y den á esta parte de la indumentaria humana un valor etnográfico.

M. Beaugard ha recibido de los gauchos de las Pampas situadas al Sur de Buenos Aires, un paquete que contenía, entre otros objetos curiosos, un par de botas que no ha dejado dicho señor de presentarlas á la Sociedad antropológica de París. Estas botas han recibido la denominación de *botas de potro*.

Son sin costura alguna. Están hechas de la piel que, sobre las patas posteriores del caballo, cubre la tibia, el calcaño y el metatarso.

Esta piel se presta á las mismas operaciones que el cuero ordinario.

La piel de la tibia es la caña de la bota; la región del calcaño sirve de talón, y la piel del metatarso forma el pie. La extremidad de la bota queda abierta y los dedos libres, lo que permite á los gauchos servirse de ellos como de la mano.

El nombre de *botas de potro* que lleva este calzado le viene de que las primeras fueron hechas con la piel de caballos salvajes. Pero los gauchos las suelen hacer de piel de mula, de toro y de vaca.

Las *botas de potro* llegaron á ser la atracción de los gauchos hasta el punto que no dudaban en matar un caballo para procurárselas; esta crueldad ha cesado solamente con la pena de muerte, que fué aplicada con severidad.

Se ha dado el nombre de *Barberis Trifoliata* á un arbusto de Méjico que crece en las montañas, á una altura de 2.000 ó 2.200 metros, entre las malezas. Este arbusto ha sido presentado recientemente á la Sociedad de Acimatación de París y puede vivir y desarrollarse en Europa. En efecto, en el Sur de Inglaterra se le cultiva y resiste el frío; solamente sucumbe en las grandes heladas (12 ó 14 grados centígrados). En París se ha plantado varias veces, y tiene la cualidad poco común de resistir el humo de las chimeneas. Debe plantarse delante de una tapia y no sufrir de lleno la luz del sol. En la primavera se cubre de flores amarillentas, y en otoño de frutos rojos.

Otro arbusto, de introducción reciente también, es la *Grisemilia*, de Nueva Holanda. Forma una bola que llega á 1,50 y á 2 metros de altura.

Sus flores, muy pequeñas, son insignificantes; pero se recomienda por sus hojas de un verde suabido y muy lustroso.

El aerolito de Bendego, ese pedazo de hierro meteórico que pesa 5.600 kilogramos, va á ser colocado en el Museo Nacional de Río Janeiro.

Cayó, por fortuna, en un bosque virgen de la provincia de Bahía (Brasil), y fué descubierto por vez primera en 1784, medio hundido en el terreno.

Un año después fué transportado con gran trabajo, á causa de su peso y dimensiones (2 metros de largo y 1,10 y 0,90 de ancho y alto respectivamente), en una carreta de la que tiraban 140 bueyes, unas 50 leguas, hasta el cauce del arroyo Bendego, donde hubo que abandonarlo. En 1811 lo vió Mornay todavía encima de la carreta, y después, en el mismo sitio, Spix y Martens.

De ahí ha sido trasladado últimamente; pero la región de Bendego dista 100 kilómetros de la vía férrea recién construída, y en un terreno accidentado y sin vías de comunicación. La empresa era difícil, y si la ha coronado el éxito, se debe á la ayuda del emperador D. Pedro y de la princesa imperial, á la sazón Regente. Se han gastado más de 100.000 pesetas, la mitad por cuenta del Gobierno y la otra mitad donada generosamente por el barón de Guaby, diputado por la provincia de Bahía y amante de la ciencia. Desde Bahía fué llevado por el mar el célebre aerolito á Río Janeiro.

Un periódico de Río Janeiro escribe lo siguiente con respecto á la vía férrea que tiene en proyecto el Gobierno del Brasil:

«Este ferrocarril está destinado á ligar el Océano Atlántico con el Océano Pacífico, y pasando por

las capitales de Goyas y Matto-Grosso, colocar estas ciudades simultáneamente en comunicación directa con el mundo por los dos Océanos.

»El trayecto total es de 5.700 kilómetros, y está dividido en las secciones siguientes:

»*Atlántico*.—Principia en la bahía Cabralia, ó puerto de Santa Cruz, al Sur de la provincia de Bahía; atraviesa el río Jequitinhonha, y penetra en la cuenca del río de San Francisco, siguiendo hasta la ciudad de San Francisco, colocada en la margen derecha del río de San Francisco, teniendo esta primera sección 1.000 kilómetros.

»*Central*.—Atravesando el río va hasta la villa Formosa de la Emperatriz, y de ahí á la ciudad de Goyas. Sigue por la margen del río Vermelho á Jerupensen, pasa por Itacain, y atravesando la meseta de Matto-Grosso corta los ríos Passavinde y Sangrodouro, y atacando en Santa Ana de Chapado, descende por la margen del río Coxipomorim hasta la ciudad de Cuyabá, teniendo el trayecto 1.800 kilómetros.

»*Pacífico*.—Partiendo de Cuyabá va á San Luis de Cáceres, y atravesando el río Paraguay penetra en Bolivia por la vasta llanura de Chiquitos, sigue por lo margen del río Guapay hasta Oruro, y atravesando los Andes descende por la margen del río Apapazá hasta el puerto de Arica, con un trayecto de 2.800 kilómetros.»

Instalaciones eléctricas en general.

PARARRAYOS

III

Cuando se habla de pararrayos, de su influencia previsora y preservadora y, en general, de cuanto les concierne, apelamos instintivamente, no sólo á tomar nota de cuanto las Corporaciones científicas tienen dispuesto, sino á las últimas teorías más recientemente publicadas.

Hechos comprobados por la experimentación han venido aportando datos que, sumados á otros, sirven para esclarecer puntos dudosos que venían siendo muy controvertidos.

La causa productora de la electricidad atmosférica, cuya acumulación produce las descargas y todos los fenómenos emanados de ese primer origen, que motiva aún tantas discusiones, no es punto donde se hallan de acuerdo todas las ideas.

La opinión de cuantos han hecho estudios especiales no es unánime; pero como á pesar de estas divergencias el asunto se impone siempre, es bueno aprovechar la enseñanza de profesores tan distinguidos como Leidge Heaviside Rayleigh y otros, por la luz que ofrecen sobre este particular, y, sobre todo, lo sentado sobre los fenómenos de influencia eléctrica por Mascart; tanto por las diversas acciones que pueden emanar de los efectos de la electricidad de la atmósfera, como por la dificultad reconocida de profundizar la causa del origen de que todo esto deriva.

Es un hecho comprobado que la electrización aumenta á medida que aumenta la altura; por esto puede ser muy elevado el potencial del aire en ciertas regiones, y necesitarse sin contradicción precisiones delicadas de buen camino y aislamiento.

Los estudios sobre influencia eléctrica nos hacen deducir consecuencias muy interesantes bajo el punto de vista de la práctica, comprendiendo el papel que juegan los conductores cilíndricos alargados frente á las máquinas eléctricas.

No es nuestro ánimo traer á estos apuntes fórmulas que servirían para dar una idea de la función de los pararrayos; pero sí diremos, para que nuestros lectores tengan ligera idea sobre el particular, que en un aparato de esta naturaleza la densidad eléctrica en la punta es infinitamente mayor que la de las nubes. Siempre que las condiciones de su instalación sean las convenientes.

Se comprende, pues, que no siendo el efecto de la influencia demasiado brusco, escape la electricidad de una manera continua sin producción de

chispa.
proced
estado
No p
ciones
accione
todo es
centrali
puntas
La id
y carga
tencial,
las ante
comenda
Pensa
los plati
tierra y
derable,
se consti
la forma,
próximos
tancia y p
aquéllos,
tamente
comendan
los fenóm
soluciones
mensiones
para pone
la superfic
deducida
con la dist
No pode
rarrayos c
sino circum
lo cual exi
caso.
Pero apa
nera genera
de á una su
la barra del
altura, lo cu
puesto.
Queda por
nuestro pob
cable condu
próximas; as
actualmente
rables cantid
del siguiente
de considera
fenómenos q



chispa, puesto que el fluido de electricidad que procede del cuerpo influyente (la nube), viene al estado neutro.

No pueden por esto descartarse de las instalaciones cuanto pueda servir para el juego de estas acciones, cuya importancia está reconocida, y por todo esto nos hemos pronunciado por el medio de centralización más adecuado y recomendado las puntas múltiples.

La idea lógica que conocemos de condensación y cargas que aumentan proporcionalmente el potencial, que llega á ser considerable en unión de las anteriores consideraciones, nos ha hecho recomendar también grandes secciones.

Pensamos que podríamos hallarnos como entre los platillos de un condensador formado por la tierra y el cielo. Si la distancia de éstos es considerable, mayor debe ser la carga; y si entre ambos se constituye un sistema de líneas de fuerza, según la forma, calidad y dimensiones de los cuerpos próximos, nos conviene aprovechar esta circunstancia y producir la recomposición eléctrica entre aquéllos, no de una manera brusca, sino tan lentamente como nos sea posible. He aquí por qué recomendamos las puntas múltiples para modificar los fenómenos de influencia, llegando á dominar las soluciones, y también por qué calculamos las dimensiones de la barra y punta de un pararrayos para poner en relación la altura de la misma con la superficie que tratamos de proteger, y su eficacia deducida de las fórmulas admitidas en relación con la distancia.

No podemos considerar la protección de un pararrayos como irradiando en todas direcciones, sino circunscrita á lo que de estos cálculos resulta, lo cual exige una solución particular para cada caso.

Pero aparte de esto, puede sentarse de una manera general que la acción preservadora se extiende á una superficie circular traza desde la base de la barra del pararrayos con un radio doble de su altura, lo cual no destruye cuanto llevamos expuesto.

Queda por examinar, para dar por terminado nuestro pobre trabajo, la conveniencia de unir el cable conductor á las masas metálicas que estén próximas; asunto de tanto más interés, cuanto que actualmente las construcciones encierran considerables cantidades de hierro; pero esto será objeto del siguiente artículo, puesto que es consecuencia de consideraciones sobre condensación eléctrica y fenómenos que se producen por su medio.

M. MÉNDEZ.

BIBLIOGRAFIA

«Los secretos de la casa Champdoce» novela de Emilio Gaboriau Versión castellana de doña Joaquina García Balmaseda.

Los aficionados á la literatura deben sentir verdaderamente deseos de averiguar los secretos de la casa de Champdoce. Emilio Gaboriau, el distinguido escritor francés tan querido y apreciado en España, es el encargado de mostrárselos, y dicho se está que lo efectúa con el tacto y finura de observación característicos en el autor de *Los Delatores*.

Un interés que no decae un momento despiertan las páginas de este libro, en que se narran los dolores, las amarguras y hasta los crímenes que se encubren á veces en las regiones más elevadas de la sociedad con el lujo y el fausto de una esplendente posición. Una sociedad de infames explotadores de culpas ajenas trata de aprovecharse de los horrores y yerros de la casa de Champdoce, y la lucha entre sus bastardos intentos y la nobleza de algunos personajes como M. Andrés y Sabina de Musidan, desenlazada para realce de la virtud y castigo del vicio por la habilísima mano del célebre jefe de policía M. Lecoq, constituyen un cuadro de singular relieve, en que se refleja uno de los aspectos más extraños de la vida parisiense. La traducción de la obra es excelente.

El libro se vende al precio de 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela, y pertenece á la acreditada biblioteca de *El Cosmos Editorial*.

«Un crimen de amor» por Paul Bourget. Versión castellana de F. Madrazo y Alvarez Veriña.

No se sabe qué admirar más en la obra del distinguido escritor francés, si la sencillez de la acción ó el interés del asunto. A juzgar por el título, el lector espera un complicado drama y el derramamiento de sangre; pero lejos de eso, se halla con una narración tan exacta y fiel de sucesos verdaderos, que puede decirse que el autor no se aparta un solo momento de lo que constituye la más cierta realidad. Cuatro personajes solos bastan al talento de Paul Bourget para su libro, en el cual se analizan con escrupulosa nimiedad los sentimientos más hondos del alma. Es en verdad un drama, pero un drama íntimo, cuyas escenas, llenas de verdad y dolorosa exactitud, tienen por escenario las conciencias de los personajes. Quizá en algunos cuadros haya un pincel demasiado cargado de color; pero atrevimientos de frases y crudezas de estilo se perdonan de buen grado en gracia de la sinceridad de pensamiento.

El estudio de la mujer protagonista de la obra, cuyas ideas sigue el autor desde que surgen en el pensamiento hasta que se traducen en acciones, es maravilloso, y merecería por sí solo asidua atención en la lectura del libro de Paul Bourget.

La obra, esmeradamente traducida, se halla editada en la forma acostumbrada por la Biblioteca *El Cosmos Editorial*, y se vende al precio de 2,50 pesetas y 3 encuadernada en tela.

PASATIEMPOS

CHARADA

Un dos primera tercera
prima un todo que decía
tener el segunda terciá
cuarta don de profecía.

R. M.

CUADRO DE PALABRAS

•
• • •
• • • • •
• • • • •
• • • • •
• • • • •
• • • • •
• • • • •
• • • • •
• • • • •

Primer renglón horizontal ó vertical; letra.
Segundo id.; accidente geográfico.
Tercero id.; villa de Galicia.
Cuarto id.; general célebre.
Quinto id.; villa de Galicia.
Sexto id.; sobrenombre de un partido.
Séptimo id.; letra.

Solución á los pasatiempos del núm. 35:

Charada 1.ª: ENCINA.
Charada 2.ª: ESTEVA.

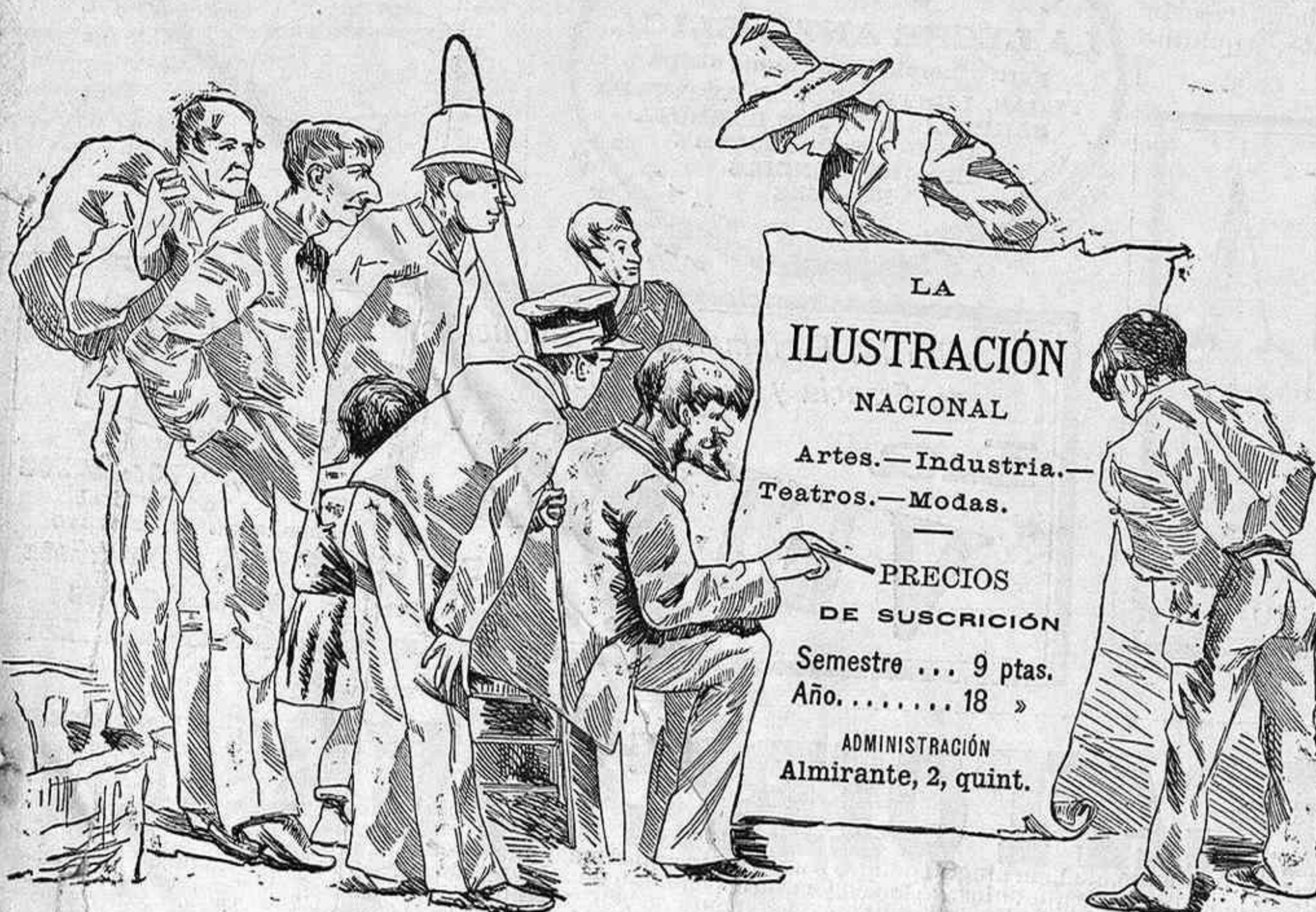
AL ROMBO DE PALABRAS

P
T I O
P I N D O
O D A
O

La Librería teatral, 14, rue de Grammont, París, pone en venta un nuevo volumen de Fernand Beisier. Nuestro ánimo no es presentar el autor al público, pero tenemos el deber de decir lo que pensamos de este libro encantador, que se titula *Saynètes pour Jeunes Filles*. Efectivamente, de seis saynètes interesantes se compone este gracioso volumen, cuyo desempeño es fácil en todas partes, y por todos.

Cada cual hallará en ellos para satisfacer su gusto: la risa con *Miss Peakle*, la gracia y el capricho con *L'Oiseau Bleu*, la emoción y lo dramático con la *Nuit de Noël*, y este último sainete es digno de ser representado en mayor escena. Todas estas piezas son fáciles, y su aparato sencillo; así, pues, nuestras lectoras deben adquirir este nuevo volumen que la Librería teatral ha editado, con gran éxito para su autor, y cuyo precio es el de 3 francos.

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



LA
ILUSTRACIÓN
NACIONAL
Artes.—Industria.—
Teatros.—Modas.
—
PRECIOS
DE SUSCRICIÓN
Semestre ... 9 ptas.
Año. 18 »
ADMINISTRACIÓN
Almirante, 2, quint.

TENIA Ó SOLITARIA
Se expulsa en 2 ó 3 horas, tomando
LAS CAPSULAS TENIFUGAS
DE MORENO MIQUEL.
Arenal, 2, Madrid, y principales
farmacias.
60 rs. frasco, y por 65. se remite
certificado á provincias.

Se admiten anuncios a precios convencionales; dirigirse al Administrador de esta Revista, **Almirante, núm. 2, quíntuplicado.** MADRID

NUEVO TRATAMIENTO
Y CURACION DE LAS
Enfermedades del Estomago,
de los Intestinos, del Pecho,
Languidez, Anemia, etc.
VINO
PEPTONA CATILLON
(Carne asimilable y Fosfatos organicos)
Alimento de los Enfermos que no pueden digerir.
Poderoso Reparador de las Fuerzas debilitadas por la Edad,
la Fatiga, las Fiebres, el Amamantamiento,
la Crecencia de los Niños y de las Jóvenes, etc.
Paris, boul' St-Martin, 3 et Ph...
MEDALLA EXPOSICION UNIVERSAL 1878

Agente general para los anuncios franceses: M. F. Mus, Rue Alfred-Stevens, 9, París.

GUERLAIN DE PARIS

ARTICULOS DE PERFUMERIA RECOMENDADOS

Agua de Colonia imperial. — Sapoceti, jabon de tocador. — Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba. — Crema de Fresas para suavizar el cutis. — Polvos de Cypris para blanquear el cutis. — Stibolide cristalizado para los cabellos y la barba. — Agua Ateniese y agua Lustral para perfumar la cabeza. — Primavera de España. — Pao Rosa. — Mariscal Duquesa. — Rosa y Clavel. — Heliotropo blanco. — Exposición de París. — Ramillete imperial Ruso. — Perfume de Francia. — Agua de Cidra, agua de Chipre y agua de Colonia Imperial Ruso para el tocador. — Alcoholado de Coclearia para la boca y los dientes.

VINO DE MILLET
Chalybé Balsámico
TÓNICO RECONSTITUYENTE

Tónico superior, de una eficacia cierta en la Anemia, la Clorosis, la Debilidad, la Impotencia, las Fiebres, la Bronquitis crónica, las Enfermedades Mentales y nerviosas. — Precio 3 fr. el frasco. Modo de usarlo: dos ó tres copitas de las de licor cada día. Depo^{to} F^o E. MILLET, 41, r. des Francs-Bourgeois, PARIS. Se envían franco 2 frascos por 7 francos.

Medallas de ORO

Recompensa de 16,600 francos

Medallas de ORO

QUINA-LAROCHE

VINO TÓNICO

El Quina-Laroché no es una preparación vulgar de Vino de Quina; sino el resultado de estudios y de trabajos que han valido á su autor las mas lisonjeras recompensas. De un gusto muy agradable, el Quina-Laroché encierra todos los principios de las tres mejores quinas (Roja, Amarilla y Gris) y es indispensable para rehabilitar las fuerzas, combatir las Afecciones del Estómago, las Dispepsias, la Anemia, Calenturas por rebeldes que sean, etc.

PARIS, 22, rue Drouot, y en las Farmacias de esta

L'EAU DE SUEZ

(VACUNA DE LA BOCA) es el UNICO DENTIFRICO QUE SUPRIME INSTANTANEAMENTE PARA SIEMPRE los

DOLORES DE MUELAS

y por CONSIGUIENTE la ESTRACCION Y LA AURIFICACION

Depositarío General: M. SUEZ, 9, Rue de Prony, PARIS (PARC MONCEAU)

En MADRID: Don José M. Moreno, Farmacia de la Reina Madre, 93, calle Mayor; R. J. Chavarri, Droguista, 87, Calle de Atocha; Romero y Vicente, 3, Carrera de San Geronimo. En BARCELONA: Vicente Ferrer y Cia, Droguista, Plaza Moncada, N.º 1; Don José Lafont, calle del Call, 30, y M. C. Germain, Rambla, 14.

Anti-Epidémico Desinfectante Higiénico PHENOL-BOBŒUF
PREMIO MONTYON acordado por el Instituto de Francia
Medallas de Oro y Diplomas de honor

PHENOL-BOBŒUF PERFUMADO
La mas higiénica de las Aguas de Tocador

Higiene de la Boca y Conservación de los Dientes CON EL EMPLEO DEL

DENTIFRICO DE PHENOL-BOBŒUF
En Frascos y Medios-Frascos

JABON DE PHENOL-BOBŒUF
En Cajitas de tres Pastillas

61, Faubourg Poissonnière, PARIS (Antigamente 7, rue Coq-Héron)
Depósito general de PRODUCTOS HIGIENICOS
DEPÓSITO: EN CASA DE LOS PRINCIPALES NEGOCIANTES

VALENTIN GALVEZ

Puerta del Sol, números 10 y 12.

(Guantes de piel de cabrito, cordero, castor, Suecia, de hilo y de seda. Corbatas, tirantes y ligas. Novedades del país y ext. anjeros. Cbjetos para regalos.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK

Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos

Contra la Falta de Apetito el Estreñimiento, la Jaqueca los Vahidos, Congestiones, etc.

Dosis ordinaria: 1 á 3 granos. Noticia en cada caja

Exigir los Verdaderos GRANOS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABRICANTES.

Paris, Farmacia Leroy y principales F^{as}

EXPOSITION UNIV^{er}s 1878
Médaille d'Or Croix de Chevalier
LES PLUS HAUTES RÉCOMPENSES

ACEITE de QUINA
E. COUDRAY

PREPARADO ESPECIALMENTE para la HERMOSURA del CABELLO. Recomendamos este producto, que las Celebridades medicas consideran, por su principio de Quina, como el REGENERADOR mas poderoso que se conozca.

ARTICULOS RECOMENDADOS
PERFUMERIA A LA LACTEINA
Recomendada por las Celebridades Medicas

GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo.
AGUA DIVINA llamada agua de salud.

SE VENDEN EN LA FÁBRICA
PARIS 13, rue d'Enghien, 13 PARIS

Depósitos en casas de los principales Perfumistas, Boticarios y Peluqueros de ambas Américas.

MÁQUINAS PARA COSER
CAJAS DE MÚSICA
COCHES PARA NIÑOS, ESTUFAS
7, PRECIADOS, 7
32, ESPOZ Y MINA, 34



NEURALGIAS Curación inmediata con las Píldoras antineurálgicas del Doctor CROMIER. 3 fr. la caja. Farmacia, 23, rue de la Monnaie, Paris.

Se administran casas con economía. Hay fianza y toda clase de garantías. En la Administración de esta Revista, Almirante, 2 quintuplicado, darán razón.

Frasco 1/5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES

Pone y conserva el cutis limpio y terso

GADES et C^o B^o St-Denis, 26

La farmacia de Moreno

Miq el tiene siempre á la disposición del público el surtido más completo de todo cuanto posee la ciencia. Se despacha de día y á todas horas de la noche.

Arenal, 2, Madrid.

CARABAÑA

España. Grande hora para el suelo que produce sus aguas minero-medicinales. En la gran Exposición concurso internacional de Bruselas (Bélgica) acaban de obtener las Aguas de Carabaña el gran Diploma de Honor.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

La VELOUTINE

Polvo de Arroz especial PREPARADO AL BISMUTO

Por **CH. FAY**, Perfumista
9, rue de la Paix, 9, PARIS

LA PATE EPILATOIRE DUSSEY

Privilegiada en 1836, destruye hasta las raíces el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Exposiciones, los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personajes del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la excelente calidad de esta preparación. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviéndolos con su empleo, blancos, finos y puros como el mármol.

DUSSEY. Inventor. 1, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS. (En América, en todas las Perfumerías.)

En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerías PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías LAFONT etc.